

JULIO DÍAZ PUJADO

**LA
INTELIGENCIA
CRÍTICA**

(INTELECTUALES EN URUGUAY 1950-1973)

© Julio Díaz Pujado

ISBN: 978-9974-94-700-9

1ª Edición, Enero 2020

Impreso en Central de Impresiones Ltda, Montevideo - Uruguay
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sin el permiso previo por escrito del autor.

INDICE

PRÓLOGO	7
INTRODUCCIÓN	11
<i>Intelectuales, una forma de pensar</i>	
CAPÍTULO I	17
<i>La moral en los intelectuales</i>	
CAPÍTULO II	23
<i>La intelligentsia uruguaya: una visión histórica</i>	
CAPÍTULO III	33
<i>Búsqueda del compromiso político</i>	
CAPÍTULO IV	37
<i>El intelectual observador comprometido</i>	
CAPÍTULO V	43
<i>América Latina y los Estados Unidos</i>	
CAPÍTULO VI	53
<i>EI ECO DE LA REVOLUCIÓN CUBANA</i>	
CAPÍTULO VII	59
<i>Construcción del mito descalificador</i>	
CAPITULO VIII	67
<i>La doctrina liberal</i>	
CAPÍTULO IX	73
<i>La doctrina socialista</i>	

CAPÍTULO X	81
<i>La democracia liberal republicana del Uruguay</i>	
CAPÍTULO XI	87
<i>La influencia de Marcha</i>	
CAPÍTULO XII	93
<i>La Generación del 45</i>	
CAPÍTULO XIII	99
<i>Ángel Rama o la conciencia crítica</i>	
CAPÍTULO XIV	105
<i>Emir Rodríguez Monegal</i>	
CAPÍTULO XV	111
<i>La Generación del 60</i>	
CAPÍTULO XVI	117
<i>Una mirada retrospectiva</i>	
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	123

Agradecimientos

A mi familia por todo lo que significa en mi vida.

A mi hermana Diana por su trabajo, generosidad y optimismo.

PRÓLOGO

La propuesta que aquí presentamos no pretende establecer una verdad histórica sobre la influencia de los intelectuales uruguayos del periodo elegido (1950-1973). Gran parte de la población informada del Uruguay de entonces, fue receptiva a la visión crítica que formularon acerca de la realidad nacional. La idea central tiene un desarrollo estructurado en base a ciertos clivajes explorando conceptualmente el papel desempeñado por éstos analistas implacables, poseedores de un conocimiento expuesto con elocuencia y convencimiento personal.

En el presente trabajo se intenta establecer una síntesis en el marco de una colección de libros que ofrecen una imagen comparativa en el plano nacional, sobre el papel desempeñado por los intelectuales en el período elegido. Es indudable que, por tratarse de una síntesis, asoman ciertas dificultades para establecer el alcance de sus propósitos como formadores de opinión y los resultados materiales de su prédica.

Los intelectuales forman, sin duda, parte de aquellos objetos de investigación histórica y sociológica dentro de nuestro país, pero también en el plano internacional. Los análisis realizados han provocado las mayores discusiones y diferencias de opinión entre los especialistas de las distintas ciencias sociales. En el objeto de nuestra propuesta se encuentra parte de esa discusión en el sentido de oponer dos actitudes de los intelectuales uruguayos que se destacaron entre los años 1950-1973.

La primera de ellas, la hemos definido como el intelectual que desde la crítica adquiere un compromiso político y adhiere a una ideología para plantear un cambio profundo de estructuras políticas, sociales, económicas y culturales. La

propensión a la crítica es la ecuación profesional de estos intelectuales. Establecen juicios acerca de su país y sus instituciones confrontando las realidades de ese momento histórico con ideas, antes que con otras realidades; el Uruguay de entonces (1950-1973) con la idea que se forjaban de Uruguay, antes que con el Uruguay concebido desde la Patria Vieja.

La otra actitud es la que compartimos. La del intelectual observador comprometido, que se caracteriza por defender una ética de la libertad, resistiendo a la tentación de comprometerse con las ideas políticas. Su testimonio no deja de ser crítico de lo que va aconteciendo en períodos de crisis, y resisten a las tentaciones de las ideologías que quieren imponer un sistema de vida ajeno al orden social natural que ha construido una Nación. Es decir, mantienen la disciplina de un analista comprometido y una indeclinable vocación racional como instrumento del conocimiento y la acción.

Dos modelos se hacen visibles en el plano ideológico que pretendemos esclarecer en sendos capítulos. El enfrentamiento entre la doctrina liberal y la socialista ha sido claramente resuelto por la democracia liberal republicana del Uruguay. Enunciado que explicamos en otro capítulo, para sostener una de las virtudes de nuestro país al construir un orden social basado en la libertad y la justicia.

Los intelectuales uruguayos de entonces (1950-1973), sintieron la necesidad de expresarse en un momento crítico de la historia nacional. Época de grandes acontecimientos y conflictos en el orden internacional, que permeaban las fronteras de los países a una escala mundial. Quienes se comprometieron ideológicamente se manifestaron públicamente a través de diferentes medios y su influencia se hizo visible.

Nuestra propuesta puede sintetizarse en las siguientes interrogantes: 1. ¿Cuál fue la función política y el alcance de su influencia especialmente en los jóvenes, de los intelectuales uruguayos en el período 1950-1973? y 2. ¿Fue acertada su interpretación de la realidad política, social y económica? ¿Cuáles fueron sus propuestas? En la perspectiva del tiempo ¿cuáles de esas propuestas se cumplieron?

INTRODUCCIÓN

Intelectuales, una forma de pensar

Los intelectuales -dos siglos atrás-, eran personas que alzaban su voz para diagnosticar los males de la sociedad y curarlos sólo con el uso de su propio intelecto; y, además, creaban fórmulas con el propósito de mejorar la estructura de la sociedad y los hábitos de los seres humanos.

Ahora desempeñan un papel cada vez mayor en la formación de nuestras actitudes e instituciones y por ello es necesario examinar sus antecedentes, tanto públicos como personales, y en especial sus credenciales morales y de criterio que tienen para decir, cómo debe conducirse la Humanidad. Es por ello que es necesario preguntarse ¿cómo conducen sus propias vidas?, ¿con qué grado de rectitud se comportan frente a las personas de su entorno familiar, amigos y colaboradores?, ¿Son justos en sus tratos comerciales y con personas de otro sexo?, ¿dicen y escriben la verdad? y ¿cómo soportan el paso del tiempo y la realidad de sus propios enunciados?

Muchos de los intelectuales uruguayos de las últimas generaciones han rechazado el orden existente en su totalidad y han confiado en su capacidad para rehacerlo desde sus cimientos de acuerdo con la ideología que profesan. Pretenden el cambio a través de un proceso político confiando en la influencia que tiene su mensaje sobre la comunidad. Son conscientes de que, por medio de la prensa y del discurso, forjan una opinión pública y ejercen una gran influencia en la construcción de un modo de ser nacional. Tienen plena conciencia de su identidad

como intelectuales y el papel regenerador que les toca desempeñar en la sociedad.

Para ubicar esta propuesta en su contexto, es imprescindible establecer una serie de precisiones. La Generación del 98 española (Unamuno, Azorín, Maeztu, entre otros), constituyen una vertiente crítica del Estado e influyen en gran parte de las élites intelectuales latinoamericanas. Otros europeos (Anatole France, Roman Rolland) con un planteamiento espiritualista se cuestionan el quehacer intelectual, se oponen a la política partidista, a las dictaduras y adhieren al discurso ético-moral que permita clarificar las ideas, a través de la búsqueda de la verdad y la justicia (Marta Casaus Arzú, 2011).

Intelectuales europeos y latinoamericanos compartían entonces una serie de rasgos comunes. Uno de ellos era la tendencia a opinar de muchos temas sin métodos, reglas o teoría apropiada. Por otro lado, sentían pasión por la escritura, las ciencias y el arte, se incorporaban a distintos movimientos culturales y filosóficos (modernismo, vitalismo, espiritualismo), y ejercían su influencia en la construcción nacional.

En América Latina el nombre de José Enrique Rodó y, sobre todo, el de su ensayo *Ariel* (1900) marcan el ambiente cultural latinoamericano, en los primeros tres lustros del siglo XX. El término “*arielismo*” es empleado tanto para resumir el mensaje de *Ariel*, como para señalar una actitud, denominada también idealista, de reivindicación de la identidad latina y de la cultura de las sociedades hispanoamericanas frente a la América anglosajona. Un rechazo a la “*nordomania*”, como llamaba Rodó a la fuerte tendencia que hacía de los Estados Unidos el modelo a imitar. Un destacado autor de la época, Pedro Henríquez Ureña, subrayó en 1905 que *Ariel* se dirigía

a la “*élite de los intelectuales*” y proponía contribuir a la formación de una minoría dirigente.

El mensaje de *Ariel* llamaba a superar el intelecto estrecho de la especialización, a regir el comportamiento por valores más altos que los exclusivamente económicos y a cultivar el sentimiento estético como pieza central de una personalidad y de una civilización armoniosa. Su prédica halló eco en distinguidas figuras latinoamericanas como los hermanos Francisco y Ventura García Calderón, del Perú; Carlos Arturo Torres de Colombia; Gonzalo Zaldumbide, de Ecuador.; Manuel Ugarte, de Argentina; el propio Pedro Henríquez Ureña citado y Alfonso Reyes de México. El verbo “*arielista*” también se propagó entre los jóvenes universitarios a través de los Congresos Internacionales de Estudiantes Americanos, celebrados en Montevideo (1908), Buenos Aires (1910) y Lima (1912) y en el movimiento de proyección juvenil conocido como Reforma Universitaria Argentina de 1918. (Carlos Altamirano, 2010).

Después de Rodó, podrían citarse al filósofo español José Ortega y Gasset por su gran ascendiente sobre las élites culturales hispanoamericanas, y a otras figuras de proyección continental como José Ingenieros, y más adelante Octavio Paz o Carlos Fuentes. De todas formas, la influencia de los pensadores latinoamericanos se circunscribió, predominantemente, dentro de los propios cauces nacionales.

¿Cuál fue el relacionamiento entre los intelectuales y el poder revolucionario? Dos ejemplos relevantes e influyentes de revolución social en América Latina podemos destacar: la revolución mexicana de 1910 y la cubana de 1959. Las dos pidieron y obtuvieron el apoyo y la colaboración de intelectuales. En México dos tendencias se disputaron la dirección del proceso cultural: la del nacionalismo

revolucionario y la del comunismo revolucionario. Pese al esfuerzo de algunos por crear una zona de libertad intelectual dentro de la Revolución, sus propuestas no trascendieron. Las dos revoluciones (mexicana y cubana) tuvieron gran repercusión continental y a ese eco contribuyó la desmedida propaganda impulsada por los gobiernos para encontrar el apoyo al nuevo orden de reformas sociales y políticas. Así nació una izquierda intelectual que superó los límites de Cuba y aún de América Latina.

¿Cuáles fueron las fuentes de difusión de estos intelectuales de izquierda? Obras y acción desde el exilio, escritores en el servicio diplomático, constitución de verdaderas redes de reformistas identificados con el antiimperialismo y el proyecto de América Latina como unidad cultural y política. El despliegue de las editoriales y la profusión de la construcción literaria para llegar al mercado extendido del discurso intelectual. También las revistas culturales para difundir las ideas y como forma de agrupamiento y organización de la *intelligentsia* (*Amauta* en Perú, *Marcha* en Uruguay, que nace como Semanario y que da expresión a una fracción derrotada electoralmente del Partido Nacional).

El punto culminante es cuando se integra a la acción cultural el dilema de la acción política; y dentro de ésta, el camino de las armas para forzar el advenimiento de la nueva sociedad. Extremo en el cual participó no sólo la izquierda intelectual sino también la que Antonio Gramsci llamaba “tradicional” (católicos de la *Teoría de la Liberación*).

La izquierda intelectual uruguaya de los años sesenta y setenta, junto a los elementos del ambiente nacional, integraron el aire ideológico de la época en América Latina en cuanto a la radicalización del compromiso político y la influencia de la Revolución Cubana. Este “intelectual

comprometido” quebraba el distanciamiento crítico con la política que había caracterizado a los intelectuales uruguayos de la década de los cuarenta.

Ahora se trata de un análisis que desplaza la estética y crítica literaria por la categoría del análisis marxista que observa la vida cultural como un reflejo de los fenómenos económicos y sociales (El País, *Intelectuales y política* 2007).

Como un paradigma que derriba a otro y lo sustituye, la “*Generación del 60*” critica a la “*Generación del 45*” por su alejamiento de la realidad nacional, imponiéndose la tarea de combatir un poder que defendía a la democracia representativa. Había que construir “*un orden político y social radicalmente nuevo*” y ello implicaba el compromiso con la fuerza política de izquierda que proponía cambiar el viejo orden perimido.

Si el agravamiento de la crisis de los sesenta era inevitable, ¿cuáles eran los métodos aplicables? Benedetti con claridad lo daba a entender al congratularse porque a través del agravamiento de los conflictos sociales y políticos de finales de los sesenta, el Uruguay se insertaba en la América Latina revolucionaria y habilitaba de esa forma el instrumento de la lucha armada.

Los intelectuales de la “*Generación del 60*” no se involucraron en la toma de decisiones; su campo de acción era la propuesta teórica. Tampoco propusieron soluciones ante la crisis política, social y sobre todo económica; sólo se trataba de cambiar el sistema. Lo medular era que su análisis social y económico tenía un sesgo profundamente ideológico marxista; ignorando lo que sucedía en el mundo exterior, en donde se avanzaba en el conocimiento científico (Popper y Khun), la sociología y la filosofía política (John Rawls).

Con la creación del Frente Amplio en 1971, se produjo la multitudinaria adhesión de 170 intelectuales uruguayos

(incluía a Onetti, Benedetti, Ángel Rama, Carlos Real de Azúa, Alberto Zum Felde). Como formadores de opinión y de gran influencia en el sistema educativo, le otorgaron a la fuerza política una herramienta muy efectiva para su prédica ideológica y de esta forma la posibilidad de “concientizar” al pueblo y especialmente a los jóvenes estudiantes acerca de lo que ellos entendían como “justicia social”.

La lucha armada tuvo su expresión en los aciagos meses de 1972 y el posterior quiebre de las instituciones de junio de 1973. En 1985 se inició una nueva etapa de plena vigencia de la Constitución de la República. Una nueva generación de intelectuales logró el protagonismo que le franqueó la comunidad. En 2005, la izquierda asumió el gobierno nacional demostrando que la lucha armada como instrumento de ideas revolucionarias mesiánicas era un medio falaz e injusto con la democracia representativa y republicana que forjaron y sostuvieron las generaciones que nos precedieron.

¿Cómo definir la nueva generación de intelectuales uruguayos? ¿Cuáles son sus nuevas propuestas como formadores de opinión? Hay ejemplos en los cuales persiste la retórica ideológica y el compromiso político radicalizado, la utilización de la enseñanza como ámbito de prédica política partidaria, la producción histórica sin el rigor del análisis objetivo. No es el Uruguay pluralista y tolerante. No se le hace honor a la verdad y la justicia que tanto proclaman algunos. Porque la verdad, según una definición clásica de la filosofía es una “*adecuación entre el entendimiento y la realidad*” y la política debe asumir la verdad como categoría en su estructura aunque necesite el consenso para hacerla prevalecer. Si la verdad cuenta, entonces es posible la justicia.

CAPÍTULO I

La moral en los intelectuales

El adjetivo Moral proviene del latín “*moralis*” y encuentra su significado cuando se quiere expresar “*uso, costumbre, manera de vivir*”. En una formulación precisa, la Real Academia Española abunda en definirla como “*Perteneciente o relativo a las acciones o caracteres de las personas, desde el punto de vista de la bondad o malicia*”, a lo que agrega “*Que no concierne al orden jurídico, sino al fuero interno o al respeto humano*”.

¿Existe una moral para intelectuales? Quienes se dedican a una profesión intelectual, la moral adquiere una trascendencia especial porque la interpretación de la realidad exige una energía moral o sentimientos morales de una gran intensidad para hacer asequible la verdad, aunque a veces es difícil de verla con claridad. Dentro de los intelectuales existen algunos que expresan sus ideas asumiendo posturas ideológicas, sin tener en cuenta su conducta moral. ¿Cuál es el efecto sobre las personas atraídas por la verdad que esos hombres procuran esclarecer? En su vida privada, una conducta alejada de las normas morales, ¿menoscaba su propuesta? Una moral para intelectuales “*toma un muy especial carácter; lo que ocurre principalmente, por dos razones: primera, porque en esas profesiones, o en ese género de vida, surgen naturalmente como en todos los demás, problemas propios; y segunda, porque el crecimiento de la inteligencia complica extraordinariamente toda la moral: no sólo crea nuevos problemas sino que complica sobremanera la solución de los vulgares.*” (Carlos Vaz Ferreira, Montevideo, 1908).

Queda planteado –a los efectos de nuestra propuesta– la necesidad de establecer una moral para intelectuales; debido, en primer lugar, por tratarse de personas que se dedican al estudio y la reflexión crítica sobre la realidad, y comunican sus ideas con la pretensión de influir en ella, alcanzando cierto estatus de *autoridad* ante la opinión pública.

Es relevante señalar, entonces, que no existe un tipo de conciencia moral universalmente reconocida. Una moral rígida, exigente y sistematizada no condice con la naturaleza humana o expresado de otra manera, está separada de la realidad. Sin embargo, existen personas que expresan sus ideas sin tener en cuenta la conducta moral, mientras que otras se manifiestan portando esa conducta moral sin alejarse de la realidad. Asimilado a la idea de un intelectual, este último sería el modelo elegido más puro y aceptable en nombre de la probidad de los hombres.

En cuanto a *una moral para intelectuales* deberíamos preguntarnos si cabe un tipo de moral único o varios tipos diferentes, y, si es así, deberíamos ponernos de acuerdo de que podemos establecer un “*mínimo*” al que deberíamos respetar al expresar nuestras ideas. Ese “*mínimo*” debe, necesariamente, estar ligado a un sincero deseo de tolerancia. La tolerancia es uno de los sentimientos más nobles. Tolerancia significa comprender al “*otro*”, sus ideas, sentimientos y actos siempre que éstos posean legitimidad en el sentido que no estén impregnados de maldad.

La moral no es un sistema, ni aplica a un modelo. Simplemente es un *estado de espíritu* (Carlos Vaz Ferreira) y cuando un hombre obra, actúa, y en nuestro caso expresa una idea que va a ser recogida por otros, debe proceder exponiendo todos los elementos, es decir, los inconvenientes y las ventajas para que el receptor pueda discernir la verdad.

Cuando se trata, por ejemplo, de exponer un problema social, liberales y socialistas se van a enfrentar abonando soluciones que cada uno elige ignorando los inconvenientes derivados de su visión ideológica. Lo deseable en este caso sería la intervención de una autoridad o institución que pueda brindar una solución teniendo en cuenta todos los inconvenientes que se presentan.

El problema de la moral se va a mostrar en toda acción humana. Las personas privadas de libertad han cometido un delito y esta privación es el resultado de la aplicación de la justicia. Han provocado un daño, una maldad claramente establecida como una contravención a la conducta moral. Sin embargo, la comunidad acepta la posibilidad de su recuperación, no emplea en este caso un deseo de absoluta condena sino que se mantiene el sentimiento de tolerancia aunque implique un sacrificio en las personas afectadas.

Las religiones, las teorías metafísicas y los sistemas positivistas han establecido sus códigos morales. La cultura aporta unos sistemas que compiten por la verdad moral. Las religiones han debido adaptarse a los avances de la modernidad; si en su discurso ha primado, por ejemplo, el dogmatismo sobre las verdades que la ciencia ha logrado establecer con métodos racionales, hay indudablemente una negación. Sin embargo, han logrado aceptar esa realidad sin dejar de alertar acerca de los peligros de un exacerbado individualismo que hace del hombre el centro del universo.

La metafísica -entendida como la manifestación más elevada y más noble de la actividad del pensamiento y del sentimiento humano- define la Moral con precisión pero sus bases son débiles y conjeturales; propone una ilusión. Mientras tanto, los sistemas positivos adquieren fuerza porque están basados en hechos y acompañan el recorrido

histórico del hombre, pero de alguna forma –como sistema– no tiene la capacidad de solucionar el problema.

Entonces, ¿cómo resolver la dificultad de adherir a una moral, a ese *estado de espíritu* que reclama un sentimiento de tolerancia? Un ejemplo puede ayudarnos a entender la realidad y encontrar el necesario equilibrio: un cambio cultural opera en el Uruguay, circunstancia que no es ajena al acontecimiento internacional. El cambio, la novedad por sí sola no es una garantía de bondad, ni mucho menos. La informalidad en el vestir, el uso desnaturalizado del idioma, el prescindir del “*otro*”, la ausencia de formalidad en el trato puede entorpecer o desmerecer el surgimiento de una generación de jóvenes de espíritus libres que encaran los cambios de la modernidad con audacia y logros personales.

Señalemos otro ejemplo: un joven cree en los derechos individuales en su máxima amplitud, es enemigo declarado de todo régimen autocrático, de toda restricción, es partidario de la libertad de pensamiento y de la libertad de cultos. En lo económico defiende el orden social existente, defiende la intervención del Estado republicano en el orden social y educativo y acepta desafiar los cambios sobre el derecho de propiedad de la tierra. ¿Tendrá la misma actitud cuando los cambios se procuren? Podrá construir un discurso, elaborar teorías y justificarlas, pero no hallará la forma de instrumentar los cambios.

La realidad no se construye con el razonamiento innovador o refractario; los cambios sociales acontecen porque cambia el *estado de espíritu* y no porque el intelecto crea una imagen de una verdad sólo sustentada por el raciocinio. La revolución de 1904 fue un cambio profundo en el Uruguay, para muchos un tormento; y las ideas proclamadas emergieron de una realidad cruenta que preservaba viejas instituciones y producía positivos cambios.

Los enfrentamientos civiles no desaparecieron el día en que los hombres se convencieron intelectualmente de que era malo, sino por la necesidad de hacer un cambio que sentían en lo más profundo de su espíritu.

Definir intelectualmente una actividad humana sin adherir a una moral sustentada en el equilibrio, implica un desacierto. El raciocinio como fin nos lleva a elaborar teorías: esto es justicia social, esto es izquierda o aquello es derecha; muchas veces nos lleva a enunciados que no logran trascender una acotada etiqueta. Ante las cuestiones sociales se debe apelar a la confianza en los sentimientos de humanidad, de solidaridad; y también confiar en las soluciones de libertad. La esclavitud comenzó siendo un derecho del vencedor en la guerra y cuando alcanzó el ápice de la explotación humana, un *estado de espíritu* encontró soluciones basadas en la libertad, la igualdad y la piedad.

CAPÍTULO II

La intelligentsia uruguaya: una visión histórica

El término “*intelligentsia*” proviene del latín e identifica a una élite intelectual. Klaus Mehnert periodista y escritor alemán, especializado en ciencias políticas, definió *intelligentsia* como el conjunto de los núcleos intelectuales que sostienen posturas críticas frente a la realidad social y que preconizan cambios en el orden político.

En los inicios de la vida independiente del Uruguay, los roles del político, el académico y el intelectual solían estar ocupados por las mismas personas y su diferenciación se produjo con la modernización. En la segunda mitad del siglo XX, ocurrió una disociación de valores entre el aparato político-partidario fundacional y la élite cultural.

En el Uruguay se suele identificar distintas generaciones de intelectuales desde el comienzo de su vida independiente (1830). En estrecha relación con los principales acontecimientos históricos de relevancia, es posible señalar en sus inicios una debilidad del embrionario sistema político, un período de conflictos internos e internacionales cuyo vértice lo constituyó la *Guerra Grande*. En la segunda mitad del siglo XIX crece la población con la inmigración, se especializa la explotación agropecuaria y se consolidan las instituciones a pesar de la persistencia de los conflictos internos. Hay un cambio profundo en las primeras tres décadas del siglo XX, caracterizado por el crecimiento económico, el estatismo y la legislación laboral. Con la crisis mundial de 1929, el país intenta desarrollar una industria de

sustitución y ve dinamizada su economía durante la década de 1940.

A partir de los años cincuenta con el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones, comenzaron a primar los fenómenos políticos e ideológicos con las desavenencias entre los sindicatos, los grupos de presión y el Estado. Es el momento en el cual los intelectuales identificados en dos generaciones (del 45 y del 60) tienden a distanciarse del sistema partidario y a desarrollar un compromiso de tipo ideológico y doctrinario.

Con las dificultades económicas, las tensiones afloraron con un signo de radicalización que el sistema político pretendió superar con una reforma constitucional votada en 1966.

Una búsqueda de los orígenes nos lleva a preguntarnos acerca de los intelectuales destacados en los inicios del siglo XIX. El primer embrión de la *intelligentsia* uruguaya tiene como figura prominente a Dámaso Antonio Larrañaga y a un grupo de letrados graduados en Derecho en las universidades de España y Córdoba. Bartolomé Hidalgo (1788-1822, escritor oriental, pionero de la poesía gauchesca, autor de “*Diálogos*” y “*Cielitos*”), Carlos G. Villademoros (1806-1853, abogado, escritor, periodista y político) y Francisco Acuña de Figueroa (1781-1865, poeta uruguayo, autor de la letra de los himnos nacionales de Uruguay y Paraguay, narrador en versos de los episodios del sitio de Montevideo [1812-1814] conocido como “*Diario Histórico*”).

Francisco Acuña de Figueroa mantuvo en principio su fidelidad a la Corona española, más tarde adhirió a los postulados de la nueva Nación, mientras que Bartolomé Hidalgo y Carlos G. Villademoros se identificaron tempranamente con el movimiento revolucionario independentista.

Las corrientes literarias y el pensamiento político y filosófico irrumpieron en la región alimentados por el regreso de grupo de jóvenes intelectuales locales luego de finalizar sus estudios, principalmente en suelo francés. Apareció, entonces, una *intelligentsia* nacional, un sector ilustrado que defiende la creación del Estado Nacional. Se trata de un reducido número de jóvenes, que se plantean críticamente los problemas sociales y que son a la vez literatos, políticos, periodistas, hombres de gobierno, e incluso a veces también profesionales (Ulises Graceras, 1970).

Por su parte, la Guerra Grande (21 de marzo de 1839-8 de octubre de 1852, “Ni vencidos, ni vencedores”), produjo una fuerte inmigración de intelectuales unitarios argentinos. Montevideo recibió, por ejemplo, a Juan Bautista Alberdi (1810-1884, abogado, economista, estadista y escritor, autor intelectual de la Constitución Argentina de 1853), a Miguel Toribio Cané (1812-1863, abogado, escritor y político), a Esteban Echeverría (1805-1851: escritor y poeta, autor de “*El matadero*”). Enriquecieron la cultura durante su estancia. Definidos históricamente como “*generación de la Guerra Grande*” unió a argentinos y orientales. Muchos de ellos desarrollaron una fecunda e influyente labor periodística. La lucha contra el gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, fue el anhelo político fundamental de esta generación de argentinos. Ésta tenía los caracteres de una disputa entre la libertad y el despotismo, entre civilización y barbarie.

La primera generación de intelectuales orientales no tuvo demasiada repercusión en términos políticos y sociales, pero sí significativa en materia literaria. Su ideología política proponía una gradual disminución de las diferencias de clase, la tolerancia civil y religiosa, dentro de un marco de pensamiento liberal y racionalista. Fue el germen de una tendencia que tiempo después fue llamada “*el principismo*”,

caracterizada por un énfasis en los derechos legales del individuo frente al Estado, sin preocuparse por los factores económicos y del progreso material.

La mencionada *Guerra Grande* arruinó prácticamente al país. Los intelectuales, considerados como los hombres cultos de la época, vieron la necesidad de pacificar al Uruguay y de encauzar el papel de los partidos políticos en relación con la estabilidad institucional. En definitiva no se integraron a los partidos, bregaron por su eliminación, al mismo tiempo que consideraban a los caudillos un “*mal necesario*” cuyo poder debían neutralizar.

Andrés Lamas, un doctor titulado en la Universidad Pública de Montevideo de reciente creación, logró, en cierta medida, hacer prevalecer su visión acerca de la necesidad de imponer la autoridad legal a la sociedad y de concretar la unidad nacional sin contar con el funcionamiento de los partidos políticos. Autor del reconocido históricamente como “*Manifiesto de Andrés Lamas a sus compatriotas*” de 1855, fue un precursor de la llamada “*Política de Fusión*”. Sin embargo, los partidos iban a permanecer, transformándose con el tiempo en protagonistas esenciales del sistema político uruguayo.

A partir de la década de 1860, en el Uruguay se produjeron cambios sociales. Comenzó la modernización relacionada con una modificación de las estructuras económicas y sociales: la inmigración europea, el surgimiento de un grupo medio urbano en Montevideo y, en el medio rural, la emergencia de un sector de hacendados con mentalidad empresarial. La élite letrada que se había consolidado en la dirección política, fue desplazada por la conducción militar en el gobierno, mientras que algunos intelectuales continuaron desempeñando funciones en el Estado dentro de la nueva estructura política.

En este período se inició una etapa de restricción de las libertades políticas con acento en el progreso material. Durante el mismo, se legisló la propiedad rural; se crearon las condiciones para la capitalización nacional; se expandió la educación primaria y se realizaron otros cambios sociales y políticos acompañados de obras civiles que despejaron el escepticismo anterior de la élite principista acerca de la viabilidad del Uruguay como Estado independiente. Aparece, entonces, una literatura patriótica creadora de un imaginario nacional.

Finalizada esta etapa, la élite *dirigente principista* reasumió las funciones políticas, apareciendo a finales del siglo, figuras que se identificaban con el político profesional (Julio Herrera y Obes, José Batlle y Ordoñez, Luis Alberto de Herrera). Superadas las guerras civiles y con partidos políticos fortalecidos, se emprende una nueva etapa en la vida nacional caracterizada por una sociedad que habita en dos medios bien marcados: el urbano y el rural.

En el comienzo del siglo XX, emergió una producción intelectual de amplia repercusión en la primera mitad del siglo, llevada a cabo por la denominada “*generación del 900*”. Los intelectuales de entonces eran personas del ambiente académico con profesiones universitarias. Aparece ahora otro tipo de intelectuales autodidactas que frecuentan lugares de reunión públicos en gran medida como consecuencia de un aumento significativo de la población. Muchos de ellos eran periodistas e incursionaban en la enseñanza que se extendía cada vez más a un número mayor de estudiantes. Al mismo tiempo, el ambiente intelectual recibía el aporte de inmigrantes europeos, que en sus lugares de origen habían profesado el credo sindical y recibido la prédica de organizaciones como la Internacional de Trabajadores.

El “Ariel” de José Enrique Rodó fue un claro alegato promoviendo la espiritualidad latina y alertando sobre el utilitarismo norteamericano. Una valiosa discusión se abrió con su innovadora propuesta. También surgieron prominentes literatos como Julio Herrera y Reissig (1875-1910: “*La torre de marfil*”), Carlos Reyles (1868-1938: “*La muerte del cisne*”), Florencio Sánchez (1875-1910: “*M’hijo el doctor*”) y Horacio Quiroga (1878-1937: “*Cuentos de amor de locura y de muerte*”).

Fue el momento en el cual se cuestiona a los partidos tradicionales y se rechaza a las guerras civiles como instrumento para dirimir las cuestiones políticas. Por otra parte, surgieron dos nuevas corrientes en el escenario político: la del credo socialista, receptivo a la doctrina marxista (destacaba Emilio Frugoni como su principal figura), mientras que con otra visión, el catolicismo liberal promocionaba en la política un ideal social cristiano.

Podemos decir, entonces, que en los inicios del siglo XX termina una etapa caracterizada por los intelectuales definidos por opuestos: doctores contra caudillos, civilistas contra militares, élites ilustradas frente a una sociedad de espíritu provinciano. Todo esto acontecía en un ambiente cotidiano de transformaciones laborales y una democratización institucional aventando los peligros de futuras guerras civiles.

El desarrollo y la modernización permeará un cambio en los intelectuales: la superación del inconformismo anterior de opuestos, contribuyendo al proceso de identidad nacional mediante, por ejemplo, una gran producción literaria. Se hacen portadores de un futuro venturoso, manifiestan su confianza en el porvenir y promueven valores para la creación de una mitología nacional. Alberto Zum Felde (1887-1976: “*Proceso Histórico del Uruguay*”), Justino Zabala

Muniz (1898-1968: “*Crónica de un crimen*”), Eduardo Blanco Acevedo (1884-1971: médico y político colorado), Francisco Espínola (1901-1973: “*Raza ciega*”), Juan José Morosoli (1899-1957: “*El viaje hacia el mar*”) son, entre otros, representantes de ese cambio y en ese sentido encuentran su rol en el proceso de desarrollo.

Aunque estos actores se afiliaron al pensamiento emanado de los programas de los partidos tradicionales, la influencia de la ideología marxista y de los movimientos sociales se hace presente a partir de la revolución soviética y comienzan a influir en un sector de los intelectuales de la época. Otros actores se suman al escenario una vez que se produce el ascenso de las clases medias enfrentando a los sectores conservadores de la sociedad. También los estudiantes se manifiestan con sus reclamos ante las autoridades de la enseñanza, siguiendo el ejemplo de la entonces reveladora Reforma Universitaria (Córdoba, 1918). Consideran que la universidad debe incorporar los temas sociales, políticos y democratizar su gobierno. Hay toda una mezcla ideológica cuyas influencias principales la constituyen el movimiento socialista y la doctrina “*arielista*” de la juventud latinoamericana. Se avizora una crisis de la más pura expresión de la ideología liberal.

Carlos Vaz Ferreira fue la otra figura descollante de la llamada “*generación del 900*”. Su influencia se extendió por toda una generación que lo tuvo como educador. Con él toma dimensión el rol académico: “*Lo que yo procuro enseñarles, esto es, pensar con todas las ideas que se pueda, teniéndolas en cuenta a todas, tomándolas como tendencia en cada caso, equilibrándolas, adaptándolas, es muy fácil de comprender. Si es difícil de aplicar, es, sobre todo, porque cuesta al espíritu humano liberarse de la impresión de abandono en que le parece encontrarse una vez que lo dejan libre*”. Este académico enseñó a pensar a toda una

generación. Fue un filósofo promotor de la fe en el progreso y el destino de la civilización. Los valores y creencias que predicó se insertaron en una etapa de optimismo nacional.

La ideología liberal democrática, hacia 1930, perdía terreno en los intelectuales ante una prometedoría ideología socialista. El apoyo a la revolución soviética suscitaba adeptos y como reflejo, desde Europa, surgían respuestas antiliberales identificadas con el fascismo italiano, el nacional socialismo alemán y el franquismo español. Quedaba planteado entonces -entre los intelectuales-, las debilidades del sistema político-social vigente dando lugar a la búsqueda de nuevas soluciones.

El quiebre institucional de 1933 llevado a cabo por el Presidente Gabriel Terra sorprendió a la élite cultural uruguaya y -en términos generales- no conmovió a la población uruguaya. Los intelectuales asumieron un papel de rechazo e inconformismo. La acción del gobierno de Terra molestó por igual a liberales y socialistas con la concusión de libertades y el desarrollo de ciertas políticas económicas. Sin embargo, con el correr de los años, la crisis de 1929 fue superada en el orden internacional y en el Uruguay se procesó una transición desde la penuria a unos años de prosperidad y bienestar. El Ateneo de Montevideo y la Universidad de la República, asumieron la defensa de las instituciones liberales. Esta última, a través de sus autoridades, tomó un rol político y social, e invocando su autonomía se opuso a toda intervención del gobierno.

Hacia 1945 quedaba en el pasado la dictadura de Terra y los totalitarismos europeos, y el país vivía tiempos de prosperidad. En el ambiente cultural creció en importancia el Semanario "*Marcha*" y el destaque de su fundador Carlos Quijano. Su prédica va a ser crítica y exigente. En materia política "*Marcha*" se va a caracterizar por su antiimperialismo

norteamericano con una impronta latinoamericanista y su adhesión a la denominada “*tercera posición*”, promocionando al tercer mundo demarcado de la opción oriente-occidente que operaba en las relaciones internacionales.

A mediados de la década de 1950 se produce una expansión de la cultura caracterizado por el crecimiento de un periodismo accesible, por sus precios, a muchos sectores de la población. Allí se incorporan secciones de crítica redactadas por la “*intelligentsia*”, favoreciendo el desarrollo de actividades como el teatro y el cine -en donde *Marcha* y las secciones especializadas de los diarios-, daban respuesta a las inquietudes culturales de una élite ilustrada.

CAPÍTULO III

Búsqueda del compromiso político

Hacia la década de 1950, con una visible presencia de los intelectuales en el área cultural de los medios periodísticos, surgieron algunas voces reclamando protagonismo y su desencanto por la situación internacional y su reflejo en el orden nacional. Los estudiantes fundaron movimientos que refrendaban su voluntad de rechazo a ese orden establecido por los políticos y los partidos tradicionales. Jóvenes intelectuales exploraban una militancia estudiantil y encontraban en “*Marcha*” la respuesta crítica que buscaban. Satisfacer esas demandas implicaba un compromiso político.

La Ley Orgánica universitaria de 1958 fue un buen ejemplo del rol asumido por los estudiantes enfrentando a los políticos. Rechazaron el intervencionismo del Estado y lograron una mayor autonomía de gobierno universitario. La influencia del sector estudiantil se incrementó cuando los obreros encararon una serie de conflictos laborales y acordaron una unión caracterizada por su divergencia con el sistema político.

En el orden político tomó dimensiones electorales el movimiento de la Liga Federal de Acción Ruralista, creada por Domingo Bordaberry y liderada por Benito Nardone. Alberto Methol Ferré (“*El Uruguay como problema*”, 1967) promovió a Nardone como un líder de proyección política logrando la adhesión de otros universitarios como W. Reyes Abadie, Raúl Abadie y Claudio Williman (h), entre otros. Este movimiento gremial “*ruralista*” propulsado por la clase media rural, reunió a un sector de desencantados que hacia 1958

se unió al Partido Nacional. Más tarde estos intelectuales sentirán que sus dirigentes, al constituirse en gobernantes, perdieron el rumbo político asumido desde el llano.

Los cambios también se produjeron en el Partido Socialista. Con una impronta más radical, Vivión Trías desplazó a Emilio Frugoni en la dirección de esa colectividad política. El vocablo “*revolución*” tomó cierto vuelo cuando las propuestas comenzaron a hablar con frecuencia de Reforma Agraria, medidas para combatir el latifundio, nacionalizar la comercialización de la producción agropecuaria, el comercio exterior, la banca privada y la industria. Asomó con estridencia la influencia de la revolución cubana cuando se trataban públicamente los fenómenos del imperialismo y el capitalismo, la economía mundial, y la política norteamericana, entre otros enunciados.

El *Semanario Marcha* fue la expresión más acabada de ese mundo desencantado que encontraba en la exigente crítica hacia el sistema político, social y económico de raíces liberales. En 1958, Carlos Quijano –su director–, se definió como “*marxista abierto*” y provocó con el correr del tiempo el alejamiento de intelectuales que aceptaban ese inconformismo pero que rechazaban su postura ideológica.

Varias figuras destacaron en la redacción de *Marcha*: Entre ellos, Emir Rodríguez Monegal como crítico literario (se desvinculó en 1955); los escritores Mario Benedetti y Carlos Martínez Moreno (se separaron de *Marcha* en 1962). Con su obra “*El País de la Cola de Paja*”, Benedetti expuso las frustraciones políticas de su generación y Martínez Moreno con “*El Paredón*” mostró serias reservas hacia la revolución cubana aunque mantuvo su adhesión.

En los inicios de la década de 1960, comenzó a develarse una polarización en los intelectuales que adherían a una ideología de izquierda. En *Marcha*, sus críticos gestionaron

un acercamiento a la izquierda electoralista uruguaya, mientras que otros jóvenes vieron en Fidel Castro y la guerrilla un medio para el cambio. Fue el momento en que un núcleo de anarquistas radicales, provenientes del ala izquierda de la juventud socialista liderados por Raúl Sendic (padre), formaron un grupo revolucionario autodenominado “*Tupamaros*”.

A los intelectuales de izquierda les atrajo la idea de lograr una unidad electoral con la creación de un frente. Una unidad política cuyo resultado fue la presencia del FIDEL (Frente Izquierda de Liberación) controlado por dirigentes comunistas, el Partido Socialista y la Izquierda Nacional Independiente (promovida desde el *Semanario Marcha*).

La propuesta de los intelectuales de izquierda en el orden político electoralista resultó un fracaso en las elecciones de 1966 (representaban un 10% del electorado). Se hizo cada vez más visible el desencuentro entre los intelectuales y las estructuras políticas. Este intelectual caracterizado por analizar el suceso político a partir del conocimiento y la ideología, no se comprometió en la práctica política y le resultó poco atractivo desarrollar la función social que se le atribuía; mientras que los partidos tradicionales no alcanzaron a superar con sus propuestas una realidad política y social encrespada.

Sin embargo, otro sector de la *Intelligentsia* uruguaya, continuó desempeñando su rol dentro de los partidos tradicionales y asumió el compromiso social de su base programática. Dentro del Partido Colorado, Carlos María Fleitas y Manuel Flores Silva profesaban un espíritu liberal e igualitarista; Alba Roballo, Luis Hierro Gambardella y Zelmar Michelini formaban el ala pro-izquierdista; mientras Carlos Maggi se incorporaba con naturalidad a la propuesta batllista.

Los intelectuales del Partido Nacional demostraron una mayor coherencia en el desempeño de sus tareas públicas. Sobresalían Martín Echegoyen abogado y legislador de pensamiento conservador; Eduardo Víctor Haedo como gobernante, pintor y periodista; Juan E. Pivel Devoto, historiador dedicado, principalmente, a la investigación de la historiografía uruguaya y, finalmente, Antonio Larreta como escritor y actor dramático.

En términos generales, la falta de una construcción teórica fue atemperada a través del ensayo político, histórico y filosófico elaborado por algunos destacados intelectuales. La historia política y social uruguaya fue tratada por Roberto Ares Pons (*“El ideal de la Patria Grande a través de la historia”*, 1983); Carlos Real de Azúa con una visión de izquierda latinoamericana; Alberto Methol Ferré con un enfoque geopolítico y filosófico de la historia, y finalmente la elaboración de una conciencia histórica de la política uruguaya, de los historiadores Washington Reyes Abadie, Bruschera y Tabaré Melogno (*“La Banda Oriental: pradera, frontera y puerto”*, 1966; *“Crónica General del Uruguay”*, 1979-1995).

CAPÍTULO IV

El intelectual observador comprometido

Existe la necesidad de determinar la presencia de una clase de intelectuales con una fuerte proyección pública que hayan actuado en la segunda mitad del siglo XX. Se caracterizaron por defender una ética de la libertad, resistiendo a la tentación de comprometerse con las ideas políticas que surgieron con mucha fuerza a partir de una serie de hechos devastadores: las dos guerras mundiales, la revolución rusa de 1917, la emergencia del nacionalsocialismo y el fascismo en Europa, la crisis económica mundial de 1929 y sus consecuencias, la guerra fría y dos grandes potencias enfrentadas, Rusia y Estados Unidos, ejerciendo un liderazgo político ideológico a escala mundial, mientras que en Latinoamérica el triunfo de la revolución cubana conmovía a la región.

Los intelectuales -por definición-, operan con la palabra, sobre todo escriben y quieren que otros, en el mayor número posible, lean lo que ellos tienen que decir. Su profesión, entonces, es un testimonio crítico de lo que va aconteciendo. En épocas normales sus opiniones de proyección pública son útiles mientras que en tiempos de crisis se tiene necesidad de ellos. Muchas veces les gusta dramatizar con encendidas críticas y dan a sus palabras, no exentas de cierto ego, la mayor importancia ¿Cómo, estos intelectuales, desempeñan su función pública en tiempos de cambios radicales? Unos lo harán a través de un compromiso con las ideas políticas a las que adhieren y otros resistirán a esas tentaciones que incitan a ceder la libertad de proponer la verdad acerca de

los acontecimientos que estudian y analizan con sentido crítico.

Los intelectuales independientes necesitan resistir a las tentaciones de las ideologías que quieren imponer un sistema de vida ajeno al orden social natural o espontáneo. Desean mantener el rumbo propio aunque se queden solos, estar dispuesto a vivir con las contradicciones y los conflictos del mundo humano, tener la disciplina de un analista comprometido y una indeclinable vocación racional como instrumento del conocimiento y la acción. Raymond Aron fue uno de ellos. Un intelectual francés nacido en la primera década del siglo XX con una fuerte proyección pública, que, *“con su obra, conferencias y lecciones, sus manifestaciones o de otro modo, ha ejercido una influencia duradera”*. (Ralf Dahrendorf: *“La libertad a prueba”*).

Dos de sus libros merecieron un reconocimiento internacional: *“El opio de los intelectuales”* (1955), una crítica a quienes habían caído en la tentación comunista y *“La tragedia argelina”* (1957), sobre la guerra de independencia de Argelia, solución que él apoyaba. Fascinado por el planteo histórico sociológico de Karl Marx, Aron rechazó visceralmente el dogmatismo de su doctrina. Su condición de *“intelectual libre”* resultó determinante para seguir su propio camino y mantenerse apartado ante el comunismo y el totalitarismo en general. ¿Es posible encuadrarlo políticamente? En su caso puso, sin lugar a dudas, la libertad por delante y su preocupación por los desfavorecidos, por los trabajadores, como tema de vida.

En el Uruguay, mientras tanto, el intelectual observador comprometido no mostró una proyección pública visible o notoria. En cambio, la *“Generación del 60”*, a través de un análisis de los problemas del país, llenó el espacio público y promovió la tarea de terminar con un *“sistema”* que incluía a

la economía de mercado, la propiedad privada, el liberalismo político y la democracia representativa. Asumieron el compromiso político para establecer un nuevo orden político y social sustentado en la doctrina socialista.

Para Ángel Rama, el advenimiento de las dos generaciones de intelectuales (del “45” y del “60”) coincidía con “*la curva de descomposición del liberalismo*”. Su compromiso era alinearse con los políticos de izquierda que bregaban por el cambio. Más tarde, muchos intelectuales se fueron identificando con la lucha armada y asumieron la defensa de aquellos que dejaban de lado la vía democrática. Mario Benedetti fue su cara visible cuando observaba una realidad social y política radicalizada porque entendía que de esa forma hermanaba al Uruguay con la América Latina.

En el caso uruguayo con la *Generación del 45* y más tarde la *del 60*, el intercambio entre los intelectuales y los políticos se desarrollaron en un clima de enfrentamiento. Los primeros dirigieron sus críticas contra el sistema político y especialmente contra los partidos políticos. Algunos de ellos, sin embargo, lo hicieron desde una óptica más racional en el sentido de reformular las tradiciones políticas construidas por la comunidad (Alberto Methol Ferré, Wáshington Reyes Abadie, José Claudio Williman).

Éstos últimos creyeron en la posibilidad de establecer un vínculo constructivo con la política. Su formación les permitía ver que más allá de sus filiaciones ideológicas. Un sentido de honestidad intelectual debía primar para describir una realidad cuya complejidad demandaba esclarecer las fortalezas y debilidades de los hechos humanos. Se podían invocar los principios de justicia social, por ejemplo, y las bondades de las teorías expuestas por el socialismo para hacer una convivencia más justa. También es una aspiración

del pensamiento liberal la de alcanzar los objetivos de una justicia equitativa.

Ninguna de las dos ideologías predominantes en el mundo con sus distintas variaciones (liberal o socialista), pueden adueñarse de esa bandera. Los caminos elegidos para lograr ese objetivo son diferentes; el éxito estará en las formas por las cuales se obtienen los buenos resultados. El intelectual que critica, agravia, juzga a la política desde una tribuna superior, anula lo mejor de sus cualidades, su esfuerzo es estéril y hasta puede ser pernicioso si las ideas que pretende defender las hace descalificando a quienes no participan de las mismas.

El empeño debe estar destinado a poner límites a la política cuando los resultados de sus decisiones dañen a las comunidades en las cuales sirven. El discurso de los políticos pueden ser peligrosos e incluso abonar empresas totalitarias cuando el intelectual no los denuncia a través de una crítica sana, honesta. El cambio, la renovación, es una constante que se permea a través del tiempo. Las formas de vida, las costumbres reposan en construcciones políticas acertadas, como puede señalarse el estado de bienestar logrado en el Uruguay a partir de las primeras décadas del siglo XX. Un día dejan de tener vigencia y todo el sistema político debe tener una respuesta que rompa una inercia que ya no sirve, como ocurrió a partir de la década de los cincuenta.

Esta crisis de mediados del siglo XX trajo una crítica intelectual rupturista desde todos los ámbitos ideológicos. Por su parte, el sistema político uruguayo procuró un cambio instrumentando soluciones de corte técnico-científico. Un ejemplo lo fue el trabajo de la CIDE (Comisión de Inversión y Desarrollo Económico) en la década de 1960. Podríamos preguntarnos ¿cumplieron nuestros intelectuales con su labor de denuncia?, ¿lo hicieron desde una crítica

de cooperación estableciendo un vínculo sin estridencias ideológicas?

El sociólogo Aldo Solari es un ejemplo de un observador comprometido con la realidad nacional. Llevó adelante una tarea sistemática, objetiva e independiente. Formuló una visión científica sobre la sociedad uruguaya y rechazó el argumento sociológico revolucionario invocando la necesidad de comprometerse con un análisis de la sociedad razonado. Un llamado a la prudencia intelectual ante cualquier juicio de descalificación, sin compromisos políticos. Esta posición le valió un aislamiento intelectual a pesar de tratarse de un científico uruguayo de larga producción y de un extendido reconocimiento internacional.

En nuestro país se ha hablado sobre “*la instrumentación de la cultura*” cuando las dificultades abrumaban al Uruguay en las décadas de 1950 y 1960. Un ejemplo fue la fuerte adhesión de los intelectuales uruguayos a la izquierda política. Con la creación del Frente Amplio en 1971, 170 de estos formadores de opinión firmaron una declaración de apoyo; entre ellos se señalan a Juan Carlos Onetti, Mario Benedetti, Francisco Espínola, Idea Vilariño, Ida Vitale, Ángel Rama, Carlos Real de Azua y Alberto Zum Felde. Detrás de un implícito rechazo a los partidos tradicionales, estaba la estrategia de la nueva fuerza política de lograr su participación por la gran influencia que ejercían sobre el sistema educativo. Una severa crítica a los partidos políticos tradicionales no les impidió a estos intelectuales, adherirse públicamente al partido que se incorporaba al sistema político denostado.

CAPÍTULO V

América Latina y los Estados Unidos

La lógica de la historia de América Latina del siglo XX debe ser interpretada desde su relación con los Estados Unidos. La dinámica norte-sur proclamada por el político y economista francés Michel Chevalier (1806-1879) que se produce en la Europa germano-latina, no existe para su interior en la América española.

La marcha este-oeste norteamericana es un éxito inconmensurable al permitir el desarrollo de un Estado Continental Industrial que aventajará a los Estados Nación Industriales europeos, confirmando de esta manera, el preciso axioma geopolítico de *los espacios crecientes* de Fiedrich Ratzel (1844-1904, geógrafo alemán, fundador de la Geografía Humana). Precisamente, su publicación "*La ley de los espacios crecientes*" da una clara explicación al proceso que se inicia desde los espacios mínimos en expansión de la revolución agraria a la concentración de las ciudades; más tarde, se estructuran sociedades más amplias y se inicia la conquista de otras ciudades Finalmente, los imperios conforman grandes espacios unificados en la diversidad. Con las Naciones Industrializadas estos grandes espacios están interconectados y los Imperios son más orgánicos.

El poder impulsa a los Estados Unidos a intentar asumir y conducir el destino de América Latina. En esa disputa, en esa relación más conflictiva que integradora, surge para ésta la necesidad de conformar una entidad supranacional que dispute en un plano más igualitario la relaciones de poder.

América Latina

Para entender este proceso es necesario apelar a una visión de conjunto e iniciar un breve itinerario histórico que explique los acontecimientos de la historia de América Latina en el siglo XX.

América Latina se configura a través de *tres grandes acontecimientos*; “saltos” históricos, cuyas características definen y configuran el futuro próximo.

Los grandes imperios aztecas e incas de la época precolombina no logran comunicarse entre sí. La conquista y colonización española-lusitana en un período de cuarenta años (1520-1560), articulan el nacimiento de América Latina. Su edificio se construirá a partir de tres núcleos básicos: México, Perú y Brasil. El Reino de Castilla y del Portugal del siglo XVI demuestran su capacidad de poder expresada significativamente por la velocidad de comunicación del buque oceánico y la combinación jinete-caballo hacia el interior geográfico de los vastos territorios americanos.

La fundación de ciudades es un rasgo capital en el proceso fundacional y a partir de ellas se conforma un nuevo “Círculo Histórico Cultural” cuya característica es el mestizaje cristiano: *“Todo el mundo lo reconoce como América Latina. Se llama así porque intenta abarcar los dos rostros básicos que la constituyen: el luso-mestizo brasileño y el hispano-mestizo. Es el sello del origen bifronte principal. Sólo la unidad bifronte es “Latinoamérica”. Sin Brasil no habría América latina, solo habría Hispanoamérica. México, Centroamérica y el Caribe solos, La Comunidad Andina sola, serían Hispanoamericanos, no latinoamericanos (salvo la pequeña gota haitiana). Pero no hay destino sólo hispanoamericano, sino latinoamericano. El colombiano bolivariano Joaquín Torres Caicedo acuñó la expresión “América Latina” a mediados del siglo XIX para incluir a Brasil y Haití. Brasil es de lejos el principal. Y Brasil*

es sudamericano. Esto acrecienta lo decisivo de América del Sur. América del Sur ya es América Latina. Lo más consistente de América Latina. Donde se gana o se pierde América Latina". (Alberto Methol Ferré)

Luego de 250 años de fuerte lazo con la metrópoli y disgregado hacia el interior, sobreviene el *segundo gran acontecimiento*: las luchas por la independencia (1808-1830) de la cual surgen quince países agroexportadores, con marcada dependencia económica inglesa y dominio cultural francés. Es un mundo de jinetes limitado por los espacios y la geografía.

Hay líderes que a distintos niveles intentan cohesionarlos; Simón Bolívar, consciente de la pérdida de la comunicación oceánica en manos inglesas, habla de una "*nación de repúblicas*", una propuesta de confederación. Signo frustrado del Congreso de Panamá de 1826.

Las nuevas repúblicas estrechan sus vínculos con Europa y presentan una disgregación hacia adentro con disputas fronterizas.

Sin embargo, la conciencia latinoamericana se va construyendo de a poco. El plano ideológico-político, es acompañado por un incremento de la comunicación física (mar, tierra, aire) y cultural. Este proceso iniciado, principalmente, a comienzos del siglo XX, culmina con el *gran tercer acontecimiento*, cuyo epicentro se encuentra en las regiones: Mercosur, Pacto Andino, Comunidad Centroamericana. Su vértice inaugural es la alianza argentino-brasileña de julio de 1990 y, oficialmente, en el Tratado de Asunción de marzo de 1991 creando el Mercado Común del Sur. El siglo de la globalización ha llegado y surge con fuerza el proceso de integración.

A la generación del novecientos le corresponde el mérito de proyectar la integración latinoamericana del siglo XX.

Inaugura intelectualmente la visión de recuperar la unidad del “*círculo cultural latinoamericano*”. Es precisamente, la sensibilidad histórica de José Enrique Rodó la que permite, a través del “*Ariel*” interpretar y proyectar una nueva conciencia latinoamericana. La mejor respuesta futura la hallará en la juventud universitaria y a ella dirigirá su discurso. La prédica se inicia a través de sus artículos y libros, y apela a la identidad que proviene de las propias raíces históricas diferenciadas del espejo europeo.

José Enrique Rodó es el primer gran impulsor, lo continúan el argentino Manuel Ugarte (“*El porvenir de la América Latina*”, 1910) y el peruano Francisco García Calderón (“*Las democracias latinas de América*”, 1912 y “*La creación de un continente*”, 1913), en quienes culmina la percepción del novecientos de una América Latina históricamente unida.

La dinámica generada por Rodó se dimensiona en los congresos estudiantiles (Montevideo 1908, Buenos Aires 1910 y Lima 1912) e incursiona en las clases medias de países latinoamericanos. José Vasconcelos desde el Ateneo de la juventud mexicana es el baluarte heredero, al que se unen intelectuales como Alfonso Reyes, Henrique Ureña y Antonio Craso.

Estados Unidos

Frente al “*círculo histórico cultural*” de la América Latina otra extendida geografía alberga a dos países. Uno de ellos se configura como un Estado Continental Industrial de raíces anglosajonas, mientras Canadá integra las vertientes inglesa y francesa. Observando las experiencias española y portuguesa, Inglaterra y Francia iniciaron en el siglo XVII la colonización de América del Norte. Al móvil de la conquista y el comercio, le agregaron el atractivo de la explotación de riquezas minerales y la extracción de materias primas.

En 1776, “*No impuesto sin representación*” se constituirá en un símbolo de la independencia de los Estados Unidos. Trece antiguas colonias británicas constreñidas entre las montañas Apalaches y el Océano Atlántico iniciarán un proceso de expansión territorial y una ingeniería política-institucional de inusitada coherencia. El francés Alexis de Tocqueville (“*La Democracia en América*”, 1835) exaltaba la aptitud y capacidad de los líderes norteamericanos; Michel Chevalier su marcha incontenible hacia el oeste para transformarse como una gran Inglaterra hacia el Atlántico y un gran Japón hacia el Oriente. En ese proceso quedará demostrado el esfuerzo coherente de sus gobernantes para conformar el primer gran Estado Continental.

El proceso se inicia con una Confederación en 1778, más tarde un Estado Federal en 1787. En este mismo año, una ley de colonización agraria se constituye en la columna vertebral de su expansión hacia el oeste: nacionalización de las tierras hasta el cauce del río Mississipí, su subasta pública y reglas para determinar la nueva creación de Estados federados. En la paz de Versalles de 1783 firmada por Inglaterra, Francia, España y Portugal, le reconocen su jurisdicción hasta el río Mississipí y su libre navegación. Aspiran, también, a incorporar el Canadá y son frenados por Inglaterra; de Napoleón y con la protesta diplomática de España adquieren la Luisiana francesa en 1803; la Florida Oriental y Occidental en 1811 y 1819 respectivamente; Texas, California y Nuevo México en 1845, 1848 y 1853; con Inglaterra acuerdan los límites con Canadá e incorporan definitivamente el territorio de Oregón y, finalmente, le compran a Rusia el territorio de Alaska en 1867.

La lógica geopolítica de centros y periferia (en donde el Estado hegemónico impone a las otras Naciones las condiciones de adaptarse o resistirse), se manifiesta cuando España -a principios del siglo XIX- resigna su monopolio

comercial a terceros ante el bloqueo marítimo inglés. Otro ejemplo es la Francia de Napoleón cuando fracasa en su intento de conquistar Haití, paso previo de una planeada ocupación efectiva de Luisiana. El resultado final es la venta de este territorio francés al Presidente norteamericano Thomas Jefferson.

La primera víctima de este proceso es México. Ante el desmedido propósito de la expansión norteamericana, el gobernante Partido Conservador mexicano gestionó el apoyo francés de Napoleón III. Instancia que culminó con la coronación de Maximiliano I como emperador de México -un príncipe europeo de la casa austríaca de los Habsburgo-, y la consabida presencia militar francesa en México entre los años 1854 y 1860. El propósito de Francia fue la del apoyo al sur esclavista como una forma de contener a la potencia emergente de los Estados Unidos.

Inglaterra compartía la preocupación francesa por contener a los Estados Unidos. Sus intentos de frenar la expansión a través de acuerdos con los norteamericanos fracasó y el proceso culmina con el éxito norteamericano y la proclamación de la llamada doctrina Monroe, sintetizada por la expresión de "*América para los americanos*". Quedó abierto, de esta manera, el camino hacia las Antillas y la hegemonía continental de los norteamericanos.

En los inicios del siglo XX, Estados Unidos ya es una potencia mundial. América Latina ya no podrá sustraerse a su influencia cultural, política y económica. En ese entonces ya tiene sus estrategias geopolíticas de dimensión mundial como Alfred T. Mahan (1840-1914, historiador y estrategia naval estadounidense, autor del fundamentado libro "*La influencia del poder marítimo en la historia 1660-1783*") quien da a conocer la importancia del dominio del mar e integra el círculo del Presidente Teodoro Roosevelt (1901-1908).

Estados Unidos se estaba preparando para ser la mayor potencia mundial del siglo XX. En 1898 se desencadena la guerra con España por Cuba, Puerto Rico y Filipinas, toma Panamá para ejercer su dominio sobre el estratégico canal interoceánico en 1903, y pone fin a la guerra ruso-japonesa. El patriotismo de José Martí y la opinión pública norteamericana a favor del pueblo cubano, inclinó al Presidente Teodoro Roosevelt a reconocer su independencia, injustamente condicionada por la famosa “*Enmienda Platt*”, abolida jurídicamente en 1934, en el marco de la política del “*buen vecino*”.

A partir de 1945, el poderío económico y militar de Estados Unidos no fue el resultado de la posesión o de la apropiación de los recursos naturales de otras naciones, sino el uso y el despliegue de la ciencia y sus aplicaciones. El llamado “*progreso técnico*”.

Se fueron configurando tres objetivos básicos de su política hacia América Latina: en primer lugar evitaron cualquier alineamiento de los países latinoamericanos con potencias opuestas a la presencia estadounidense en la región; aseguraron su presencia económica en Latinoamérica y, finalmente, el de lograr la consolidación de regímenes estables.

América Latina ha buscado en la integración económica de sus países traspasar los límites de la dependencia. Reunir y complementar sus capacidades con la finalidad de crear un esquema eficiente para competir dentro del orden económico mundial, en términos de igualdad. Para ello era necesario generar capacidades propias de producción, financiamiento e inversiones, desarrollo científico y tecnológico.

Frente al centro de poder hegemónico de una potencia como los Estados Unidos, América Latina no creó una situación de conflicto real. Las relaciones entre ellos se

establecieron dentro de cierto consenso, incluidos los límites de la libertad de acción considerados por la potencia hegemónica en beneficio del interés común de la estabilidad regional o la seguridad.

Estados Unidos es un Estado Liberal, es decir, carece de una voluntad rígida de poder. La potencia hegemónica se ve favorecida por el mayor avance científico y tecnológico del mundo y por ser la base de la estructura económica global de la época de referencia. Necesita de un estilo negociador ante los países latinoamericanos como una forma de atender sus requerimientos de desarrollo y políticas de cooperación. Un ejemplo de ello fue la fracasada *Alianza para el Progreso* del Presidente John Kennedy.

Relaciones conflictivas

En la década del 60, el atractivo de la revolución cubana ganó terreno entre los jóvenes latinoamericanos. Cuando Cuba se presentó como un centro revolucionario para el resto del subcontinente, los gobiernos de sus países comenzaron a preocuparse. El sentimiento antinorteamericano se profundizó en 1961 con el fracaso de la operación militar (Bahía de Cochinos) llevada a cabo por exiliados cubanos opuestos al régimen de Fidel Castro y apoyados por el gobierno de John F. Kennedy. La situación tomó mayor dramatismo con la crisis de los misiles de 1962 (el enfrentamiento EEUU-URSS más grave de la guerra fría) y el rechazo a la intervención norteamericana en República Dominicana. Todos estos episodios hicieron pensar hacia 1970 que el nacionalismo latinoamericano inauguraba un nuevo y vigoroso período.

Sin embargo, los verdaderos problemas de América Latina no se habían solucionado. A pesar de una rápida industrialización, las malas administraciones gubernamentales

generaron voluminosas deudas exteriores que paralizaron los intentos de mantener la inversión y alcanzar mejores resultados comerciales. Los gobiernos democráticos parecían cada vez más impotentes para hacer frente a tales problemas. En ese entorno, nada bueno de avizoraba.

CAPÍTULO VI

EI ECO DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

Teoría de la guerra revolucionara

Una repentina caída del poder y prestigio del tradicional sistema estado-nación a partir de los inicios de la segunda guerra mundial, provocó el surgimiento de la *guerra revolucionaria* como una rama del pensamiento militar. La *guerra revolucionaria* (lo fue la revolución cubana en Latinoamérica), se refiere a la consecución del poder político mediante el empleo de la fuerza armada. Es promovida por un movimiento político popular e implica un período de conflicto humano relativamente largo, cuya finalidad es llegar al poder para realizar un programa social o político.

Las guerras revolucionarias son episodios que no logran institucionalizarse como cuerpos de pensamiento y con el tiempo demanda la construcción de un mito para poder mantener la identidad nacional y social de la causa revolucionaria victoriosa, como ha sucedido con la revolución cubana. A pesar de la caída de la Unión Soviética y su mantenida fe en el marxismo-leninismo, el mito revolucionario de los Castro ha evitado su propia perestroika o reestructuración. Sólo se inició un cambio en la economía, aunque lento. El aislamiento político y económico de Cuba ha sido el principal responsable de que su nivel de vida se mantuviera en menos de la mitad del que hubiera debido ser. La posición que Cuba ocupaba en la liga de países latinoamericanos en 1959 -en lo tocante al nivel de vida- estaba entre los cinco primeros de la lista; en cambio,

ahora lo está cerca del final. (Hugh Thomas, *Cuba, la lucha por la libertad*, 2012).

En cuanto a la teoría, Mao y el general vietnamita Giap, fueron los teóricos principales de la *guerra revolucionaria*. Ernesto Guevara fue uno de sus mejores discípulos y en los hechos se transformó en uno de sus estrategias. Mientras Fidel Castro consolidaba su revolución en Cuba, Guevara continuó su lucha en otros sitios para finalmente unirse a la fracasada insurrección boliviana, donde es abatido y muerto en 1967. Su legado fue un pequeño libro sobre la guerra revolucionaria, más tarde complementado por su amigo francés Régis Debray.

Guevara-Debray construyeron una variante del maoísmo que tuvo importantes consecuencias en Latinoamérica. Mao y Giap proponían como primera fase de la guerra revolucionaria a la movilización política, es decir, reclutar y organizar el apoyo popular, creando un cuadro revolucionario con dedicación y disciplina a nivel de pueblo. En los hechos, evitaba el empleo de la fuerza o en su defecto su utilización era limitada y selectiva, para evitar la represión armada del gobierno sobre una organización insuficientemente preparada.

El modelo cubano

Esa primera fase de preparación no fue cumplida en Cuba. Establecido Fidel Castro con un pequeño grupo en la remota región al este de la isla, consiguió apoyo a medida que se aproximaba a La Habana. El impopular régimen de Batista facilitó el desenlace. Esta variante cubana conocida como *focoísmo* fue una desviación de la ortodoxia maoísta. *Foco* refiere al “*punto móvil de la insurrección*” extraído de la experiencia cubana. Significaba que no era esencial una preparación política extensa a nivel de pueblo como lo

sostenían Mao y Giap. Mediante el empleo de la violencia, una pequeña fuerza revolucionaria podía movilizar el apoyo popular con más rapidez, en lugar de una movilización política que requiere un camino más largo para llegar, con el tiempo, a la violencia.

La doctrina revolucionaria conocida como “foco” no fue eficaz en Uruguay. La violencia tipo *foco* en lugar de catalizar una revolución, dejó expuesto -al movimiento revolucionario-, a un contraataque demoledor en el momento de su mayor debilidad, como ocurrió en Bolivia. Lograr adeptos para llevar adelante la guerra revolucionaria implica un arduo y largo trabajo no sólo para organizar y preparar a los campesinos y al proletariado, sino que incluye a los activistas revolucionarios -normalmente jóvenes intelectuales de las ciudades-, los pueblos, las actitudes y las quejas, y también el terreno físico en el que debe llevarse a cabo.

Su aplicación en Uruguay

Los dirigentes del Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros), movidos a actuar iluminados por las teorías revolucionarias instrumentadas a partir del éxito cubano, no sólo adoptaron una doctrina revolucionaria equivocada sino que no lograron permear la conciencia del hombre común difundiendo ideas llenas de abstracciones preconcebidas.

Si la guerra revolucionaria fracasa, se transforma en una “revuelta” o una “rebelión” de intereses, como ha sucedido con la revolución del Movimiento de Liberación Nacional en el Uruguay. Los tupamaros lanzaron su propuesta revolucionaria señalando que *“los principios básicos de una Revolución Socialista están dados y experimentados en países como Cuba y no hay más que discutir. Basta adherir a estos principios y señalar con hechos el camino insurreccional para lograr su aplicación”*, con un programa de liberación por

medio de las armas y llevar la lucha de clases hasta las últimas consecuencias. La cultura política del MLN (Tupamaros) rechazó el reformismo y la vía electoral proclamando su adhesión a los métodos de la revolución cubana y a un socialismo de corte nacionalista. Con la intervención de las Fuerzas Armadas, la revolución fue derrotada, es decir, constituyó un fracaso como guerra revolucionaria.

Lo que no interpretaron correctamente o hicieron una lectura sesgada de la realidad política fue el hecho trascendente de llevar una revolución armada a un país -Uruguay- donde la democracia y las instituciones funcionaban, mientras que en el modelo adoptado -Cuba-, las posibilidades de una victoria se vio acrecentada porque los revolucionarios cubanos enfrentaron a un régimen impopular, corrupto y débil, como el de Fulgencio Batista.

En el presente, los antiguos líderes del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) lograron construir un mito revolucionario, cuya proyección política se expresa a través del Movimiento de Participación Popular (MPP). En la actualidad, ha conseguido, junto al Partido Comunista, ser los sectores más influyentes y representativos del Frente Amplio. El relato construido desfigura la realidad y logra ser atractivo. Esta construcción distorsionada, no ha sido públicamente objetada por gran parte de los intelectuales de izquierda que adhieren al partido de referencia.

La revolución cubana no sólo estremeció a los intelectuales del Uruguay, sino que produjo lo que algún autor señala como un *“embrujo universal”* en la cultura moderna. Por un tiempo determinado, el trastorno revolucionario se convirtió en un hecho mundial. La Revolución Francesa cautivó a alemanes como Immanuel Kant, ingleses como Thomas Paine y norteamericanos como Benjamín Franklin; la Revolución Rusa sedujo las mentes de H. G. Wells, André

Malraux, Aldous Huxley y Bertolt Brecht, mientras que la Revolución Cubana ganó las simpatías de escritores como Jean-Paul Sartre, Herbert Marcuso y otros, y de casi toda la intelectualidad latinoamericana: Octavio Paz, Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Mario Benedetti, Ángel Rama, entre otros.

¿Cómo se explica una guerra revolucionaria en el Uruguay de los años 60-70? En el país era visible el agotamiento del modelo económico industrialista y la dificultad de los partidos políticos para dar una respuesta efectiva al estancamiento de la economía. La confrontación ideológica emanada de la “*guerra fría*” se potenció en el continente americano con el triunfo en Cuba de la revolución socialista liderada por Fidel Castro. El gobierno de Estados Unidos y sus líderes políticos reaccionaron frente a una situación regional que ponía en peligro sus objetivos estratégicos de seguridad nacional. Su controvertido apoyo a la invasión de Cuba en 1961 afectó sus relaciones continentales con América Latina.

Los movimientos revolucionarios latinoamericanos necesitaban un modelo de estrategia guerrillera para canalizar las transformaciones de una realidad de pronunciadas diferencias sociales, estancamiento económico y conservadurismo político. El éxito de la revolución cubana llenó ese vacío y alentó la expectativa de acción revolucionaria de los sectores radicales de la izquierda. En el Uruguay, la acción guerrillera adoptó el “*foquismo*” revolucionario insertándolo en la gran ciudad. Su éxito inicial se debió a las posibilidades que le brindaba ésta para operar desde el anonimato y a un mínimo de simpatizantes -en su mayoría de clase media- sin necesidad de contar con la solidaridad de las masas. Su fracaso se ha transformado en un velado éxito a través de ciertas figuras, con la construcción de una falacia, un engaño que el tiempo se encargará de decantar esclareciendo la verdad.

CAPÍTULO VII

Construcción del mito descalificador

Los actos humanos colectivos o de naturaleza histórica no están libres del juicio moral. Es imprescindible realizar un crítico análisis de los hechos antes de elaborar un dictamen de lo bueno o lo malo de un acontecimiento histórico. Al juicio moral lo vemos con demasiada frecuencia en la historia y muchas veces son enunciados por prejuicios conscientes e inconscientes. El acontecer humano es producto de muchos factores y su complejidad demanda que el juicio se elabore con una excepcional honestidad intelectual.

La utopía de una felicidad alcanzada por un estado de perfecta igualdad entre los hombres no es posible, porque la jerarquía y el poder existen en todas las sociedades humanas. No hay grupo humano con un mínimo de éxito reproductivo que no viva bajo alguna forma de organización jerarquizada. La evolución del hombre indica que para organizar una comunidad mayor o muy extendida, fue necesario jerarquizar la sociedad, debido a que no era posible que subsistiera el pequeño clan familiar.

Así organizada la sociedad demandó que apareciera el dirigente, el que manda, al cual solemos muchas veces admirarlo o también rechazarlo sin tener en cuenta si su desempeño se ajusta a los valores morales construidos por la comunidad a la cual pertenece. El que dirige, manda, lo debe hacer con responsabilidad y con el consentimiento de los dirigidos.

En el camino de su evolución, los seres humanos han sido capaces de crear grandes estructuras sociopolíticas llamadas

Imperios. En ese orden, las grandes civilizaciones pusieron los cimientos de las creencias y las instituciones humanas en diferentes partes del mundo que perduran en el tiempo. La historia humana es el relato de una evolución constructiva en el sentido que desde sus insignificantes orígenes ha logrado, por ejemplo, modelar una piedra o un asta para convertirla en herramienta, o afanándose a lograr encender un fuego y mantenerlo.

El Imperio

El *Imperio* es una organización política independiente con una considerable extensión geográfica en la cual se ejerce la autoridad. A partir de él, se generan civilizaciones que parecen darle un sentido, un fin a la historia. Sin embargo, como lo ha analizado el intelectual francés Raymond Aron, muchas veces el hombre abusa de poder, se comporta como un amo y no como un guía, porque, según él: “*El corazón humano es el que origina estos trágicos trastornos que arrastran a las civilizaciones*”.

¿Cómo se entienden las grandezas y las miserias de un Imperio? ¿Produce el fenómeno enriquecedor de la transculturación? ¿Tiene un legado positivo para la humanidad? ¿De alguna forma, los imperios han contribuido a construir el mundo moderno?

La noción de *Imperio* implica dos sentencias: *poder y extensión territorial*. En la historia de la humanidad, han sido un motor de cambio y transformación y, por tanto, de evolución crucial en la tradición de nuestra especie en los cinco continentes. Muchos pueblos se organizaron en Estados y una pregunta surge: ¿por qué algunos crearon imperios y otros no? Sin duda, la respuesta es difícil de revelar aunque podemos decir que la formación de un Imperio es un proceso inteligible. Sin embargo, expresan una realidad

porque están formados por pueblos que tenían existencia previa y separada, hasta que se unieron diferenciados por su etnia, nación, cultura y religión.

En el interior de Estados Unidos y Rusia conviven lenguas, religiones y razas distintas. También en Siria hay drusos, armenios, turcos y kurdos. Tanto en los Estados como en los Imperios, hay siempre un grupo étnico o un pueblo que encabeza la estructura institucional dentro de un territorio y los otros se unen a esa identidad política, ya sea de buen grado o por la fuerza.

Sin embargo, puede establecerse una diferencia importante entre el *Estado* y el *Imperio*. Mientras el primero se forma por unión de pueblos que tienen una larga historia de intercambio y relaciones, los imperios se constituyen por gentes diversas que antes de que éste existiera tenían poco o nada que ver. En el siglo XVI el imperio español gobernaba sobre malteses, mexicas, incas, napolitanos y toltecas, gentes que años antes vivían en un estado de desconocimiento mutuo.

La noción de *Imperio* cambia a través del tiempo. Con la gestación de la Unión Soviética apareció el término *imperialismo*, introduciendo el componente ideológico. La *ideología*, trastorna el análisis histórico al incorporarle juicios morales que varían según el catecismo que aplique el historiador: “*El término ‘imperialismo’ lo echó a andar en 1902 John A. Hobson con su ‘Imperialism: a study’, y de su mismo nacimiento supone una condena moral. El imperialismo para Hobson es el resultado de las necesidades insaciables del capitalismo (...) Pero el concepto no adquirió su configuración definitiva hasta ‘El imperialismo, fase superior del capitalismo’ de Lenin. (María Roca Barea: “Imperofobia y Leyenda Negra”).* Aquí aparece la tentación del juicio moral cuando se confunde la acepción de cada

vocablo: imperialismo/imperio. El lenguaje manipulado conscientemente es siempre rechazable.

Si usamos el criterio de la extensión territorial, los Estados Unidos desde principios del siglo XX, cuando hace su entrada triunfal en el escenario internacional, constituye un imperio territorial en sí y un Imperio hegemónico a nivel mundial. Esta clase de Imperio está basado en el comercio y en la supremacía económica (Imperio informal) y no requiere de un dominio político y militar efectivo. Y éste no es un invento estadounidense. Alejandro Magno imponía la *hegemonía macedonia* a los griegos y el dominio político y militar a los pueblos bárbaros. Como ejemplos podemos citar a los Imperios más grandes territorialmente: el británico con 31 millones de kilómetros cuadrados en 1938; mongol a mediados del siglo XIII con 24 millones de kilómetros cuadrados; ruso con 23 millones en 1913 y español en 1750 con 20 millones de kilómetros cuadrados.

Pensando en su legado

¿Qué ha significado el imperio romano para occidente y para el mundo? Tuvo un prestigio incomparable y pervivió a su desaparición aunque siempre está en tela de juicio si fue solamente una máquina de poder creada de forma consciente y deliberada o, en su defecto, los romanos se vieron empujados por diversas circunstancias históricas a construir un Imperio. Planteado así, los historiadores han argumentado a favor y en contra en cuanto a su formación y sus legados. Quienes asumen grados de culpabilidad generan una leyenda negra que niega la complejidad de los procesos históricos. Lo cierto es que la *propaganda anti imperial de los intelectuales* es un mecanismo para crear opinión pública, marcando una posición anti imperio.

El imperio romano -todos los imperios que ejercen un dominio político y militar-, deben mantener un ejército, cobrar impuestos y dar participación en el gobierno a los sometidos. No se puede garantizar la tranquilidad de los gobernados sin armas, ni éstas sin salario, ni los salarios sin impuestos, como ha señalado Tácito, un historiador de la Roma antigua. El propio Tácito anotó la siguiente reflexión: *“Ochocientos años de prosperidad y disciplina han consolidado esta enorme máquina del imperio romano, el cual no puede ser destruido sin derribar también a aquellos que lo destruyan”* (Citado por María Roca Barea). Una sentencia que puede aplicarse también a todos los imperios. Lo procedente es preguntarse si luego que éstos desaparecen, los distintos pueblos que lo conformaron acceden a una vida mejor. Las instituciones romanas, el latín, sus contribuciones al arte, el Derecho Romano, su arquitectura y extendidas vías de comunicación, la organización política y el poder militar de sus legiones ¿no constituyen un legado de progreso?

Otros dos ejemplos son demostrativos: Estados Unidos y Rusia. En el primero, la crítica de la izquierda de culto marxista en nombre de la moral y la justicia, rechaza todo lo que representa el poder como manifestación humana. Esta implacable postura pretende anular el aporte que hizo Estados Unidos, en sus orígenes como nación, a la democracia moderna. En cuanto a Rusia, hoy destaca su autocrítica. A la hostilidad de occidente en tiempos de la guerra fría como producto de la revolución bolchevique de 1917, le sucede una asombrosa recuperación. Desde 1991 ha demostrado que su legado histórico continúa vigente.

El mito y la leyenda negra

Detrás de la propuesta antiimperialista de los intelectuales aparece la *“leyenda negra”* como su argumento principal y muchas veces exclusivos sin mediar matices. Oscar Wilde

sostuvo que *“Estados Unidos es el único país que ha ido de la barbarie a la decadencia sin pasar por la civilización”*. Semejante aserto bajo el concepto de antiamericanismo ofrece una ocasión para comprender los alcances de la leyenda negra. Su liderazgo se encuentra en los cinco continentes, prueba que es el primer imperio auténticamente planetario que haya existido, puesto que antes no alcanzaban tal globalidad y afectaban a determinadas religiones o grupos religiosos.

Su leyenda negra, construida a través del tiempo, parece responder a una oposición que ve en su hegemonía el deseo insaciable de poder y riqueza. Los errores de la política exterior norteamericana provocan una animadversión que ellos mismos han incorporado a su autocrítica. Un ejemplo reciente ha sido la política exterior agresiva del presidente Bush en Oriente medio, según un informe del Congreso de 2007. La culpabilidad que le reprueban sin reconocer ningún aserto político, económico, ni siquiera cultural, parece indicar que los estadounidenses deben aceptar que van a cargar con ello por los siglos de los siglos y que nada de lo que hagan puede evitarlo.

Rusia ha sido un enigma para la Europa Occidental. Para estos europeos, los rusos están a medio camino entre la civilización y la barbarie, entendiéndose, en el primer término, su naturaleza europea. Los propios rusos reconocen que con la desaparición de la URSS nada ha cambiado en la rusofobia tradicional. En la actualidad, la leyenda negra se manifiesta en occidente y en especial por su clase intelectual que ha visto en la caída del comunismo, un fracaso imperdonable de los ideales que reverenciaron durante años y hoy no pueden aceptar que la imagen de Rusia haya empeorado. Su renacimiento como un Estado Continental (controla una quinta parte de la superficie terrestre) puede resultar asombroso, si tenemos en cuenta el proceso de profundos

cambios políticos, económicos y religioso realizados en corto período de su historia reciente y, además, el de crear una nueva Rusia retirándose de los territorios conquistados sin provocar ninguna guerra.

La cuestión uruguaya

En nuestro país, desatada la crisis del modelo batllista de finales de la década de 1950, surgió un debate en el marco de la guerra fría. Estados Unidos y Rusia se disputaban el liderazgo hegemónico sosteniendo dos modelos ideológicos preponderantes para la época: la democracia liberal de occidente y el socialismo pro soviético. La discusión planteaba un escenario de enfrentamiento, principalmente ideológico, es decir, dos visiones diferentes sobre la forma de apreciar el futuro político, económico y social de la democracia uruguaya.

Un número apreciable de intelectuales de la mencionada *generación crítica del 45* adoptaron una ideología que les permitió argumentar su visión de un Uruguay sustentado -según su forma de ver la realidad-, por una tradición decadente, inmovilista, exenta de iniciativa y aferrada a la raíz liberal. Algunos de sus representantes trascendieron por sus capacidades literarias o artísticas, aunque no fueran expertos en política o en economía. Primó su compromiso político con el socialismo y confiaron, con distintos matices, en la sociedad de iguales que prometía la Unión Soviética. Se alejaron del “*arielismo*”, que si bien censuraba el utilitarismo norteamericano, apreciaba su contribución a la democracia liberal.

Más tarde, en la década siguiente, la *generación del 60* incrementó su apuesta reclamando una mayor participación en el compromiso político para llevar a cabo los cambios que el Uruguay necesitaba. En el presente, muchos intelectuales

y académicos no se sustraen de esa herencia ideológica y adoptan otras formas para defender sus ideas. Adquiere vigencia la teoría del intelectual italiano Antonio Gramsci definida por el concepto del *intelectual orgánico*. En otras palabras, cumplir una función política comprometida con su ideología. Este compromiso es contestado por intelectuales independientes, denunciando la existencia de una cultura hegemónica construida por la izquierda. Esto puede verse como una forma de cercenar la libertad, porque quienes no se mueven con ese compromiso ideológico, están expuestos a que su obra pase desapercibida.

CAPITULO VIII

La doctrina liberal

En los siglos XVII y XVIII, se desarrolló la idea de que los gobiernos dependen del consentimiento de los gobernados, otorgado en un “*contrato social*”. Los filósofos que formularon estas bases políticas fueron, principalmente, Thomas Hobbes, John Locke y Jean-Jacques Rousseau. Más tarde, otros pensadores formularon teorías que sirvieron de base a nuevas formas de acción política. Allí destaca la visión de Marx, de los obreros uniéndose para librarse de la explotación de sus opresores, contribuyendo en la construcción del socialismo. La democracia, como sistema político, se remonta a las ciudades-estado de la antigua Grecia y logró su consagración definitiva con la Declaratoria de la Independencia, la Constitución de los Estados Unidos de 1776 y 1787 respectivamente, y la declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de la Revolución Francesa de 1789.

Junto a la doctrina política liberal estableciendo las bases del progreso humano, surge en el siglo XVII la teoría del Estado, como la mejor conformación de un gobierno para llevar adelante las ideas políticas que proponía el *Liberalismo*. John Locke a través de su obra “*Dos tratados del gobierno civil*”, dejó en claro que un gobierno debe tener el consentimiento de sus gobernados y respetar los derechos naturales del hombre a la vida, la libertad y la propiedad. Más tarde, Jean-Jacques Rousseau en su obra “*El Contrato Social*”, definió una política basada en la voluntad general y en el pueblo como depositario de la soberanía; a lo que

agregó que la única forma de gobierno legal debe ser la de un Estado Democrático.

El liberalismo político, en definitiva, promueve las libertades civiles y económicas, la tolerancia en las relaciones humanas, el Estado de Derecho, la democracia representativa y la división de poderes. Para los liberales, los seres humanos son racionales y poseen derechos individuales inviolables basados en la plena libertad. El gobierno debe regular la vida pública sin interferir en la vida privada de los ciudadanos dentro del marco de un Estado de Derecho, que obliga a gobernantes y gobernados a respetar las leyes evitando el ejercicio arbitrario del poder. El profesor norteamericano John Rawls, realizó en la segunda mitad del siglo XX un completo e interesante replanteamiento de los fundamentos del liberalismo político. Dos principios básicos sostiene el mencionado autor: todo individuo tiene derecho a la máxima libertad compatible con la misma libertad de los demás, y en segundo lugar precisa que las desigualdades económicas sólo se pueden justificar en una sociedad con igualdad de oportunidades para todos.

Algunos autores liberales sostienen que el orden social no es el resultado histórico de ningún diseño deliberado, sino del fruto espontáneo de la acción humana. Es decir, entonces, que su doctrina tiene una idea de la sociedad según la cual el valor de la libertad *“puede arraigar y prosperar en ella”* (*“Diálogo sobre el liberalismo”*: Pablo Da Silveira, Ramón Díaz). El liberal quiere intervenir la realidad social que se da por su propio dinamismo. Para ello proclama grandes causas y procura su mejora; lo que rechaza por utopía es la de cambiar una sociedad por otra, una cultura por otra, como pretende el marxismo. El pensamiento liberal, si bien no intenta reemplazar el orden social como un todo, desde un modelo preestablecido, no renuncia a generar un cambio de acuerdo a la doctrina que sostiene.

Para evaluar el orden social, así como las prácticas e instituciones que encontramos en él, existe la necesidad de hallar puntos de referencia reconocidos y respetados por los individuos y de esa forma facilitar su convivencia en la colectividad. El iusnaturalismo, por ejemplo, se funda en la idea de que existe un orden objetivo cuyo conocimiento proporciona elementos para distinguir entre lo normativamente correcto y lo normativamente incorrecto. Este orden, sostienen algunos autores, se daría en las sociedades liberales que practican la economía de mercado y respetan las libertades del individuo.

Sin embargo, lejos está la sociedad de esa armonía que puede lograrse derivando una serie de reglas que serían respetadas por la inmensa mayoría de la sociedad. Por ejemplo ¿pueden los individuos ejercer la libertad y hacerse responsable de sus acciones? o por el contrario ¿sus manifestaciones obedecen a intereses personales, muchas veces plenas demostraciones de las más despreciables conductas humanas? El filósofo alemán Immanuel Kant precisaba el alcance de lo que él llamaba "*razón práctica*", es decir, la razón que orienta nuestras acciones. El hombre adquiere un conocimiento del mundo que le permite vivir moralmente. De esta manera el hombre descubre lo moralmente correcto.

Las personas aceptan la procedencia de un derecho natural, pero también ven la necesidad de llegar a un acuerdo sobre los principios y normas que deben ser respetadas. Los acontecimientos humanos, la vida misma enseña formas de vivir que genera la necesidad de enfrentar nuevas exigencias y desafíos. Antes se aceptaba la esclavitud; más tarde se la rechazó porque violentaba la libertad del hombre como sujeto de vida.

La ortodoxia liberal proclama el estado mínimo para preservar los derechos de los individuos a la libertad, la vida, la propiedad, dentro del marco de una economía de mercado. Este sistema económico ha demostrado la capacidad de mejorar la calidad de vida de la gente; sin embargo en toda sociedad hay muchas personas que no están en condiciones de asegurarse un mínimo nivel de bienestar. Para que estas personas ejerzan sus derechos, su independencia moral, es necesario que el Estado intervenga creando las mejores condiciones para que cada miembro de la sociedad pueda alcanzar mejores niveles de bienestar. Este *liberalismo igualitario* que escapa a la idea de un Estado mínimo, atiende a las fallas del mercado y permite que los individuos se hagan cargo de su propia vida. La autoridad política, entonces, interviene para poner a los miembros de la sociedad en condiciones de asumir las responsabilidades que le exige el orden social.

Los liberales admiten plenamente la coexistencia social, es decir, los hombres están hechos para vivir en sociedad. Esta convivencia para un liberal está unida a la escasez moderada de recursos; los individuos asumen que algunas de sus preferencias quedarán inevitablemente insatisfechas. El liberal también acepta la diversidad de convicciones filosóficas, morales y religiosas. Es decir, no adhiere, ni promueve ninguna doctrina específica, más allá de lo que está implícito en su concepción política libremente aceptada.

Al invocar el término liberalismo nadie puede sustraerse de su parentesco con el liberalismo económico. La propuesta original proviene de Adam Smith, un profesor de ciencia moral escocés, reconocido como el teórico del liberalismo económico clásico y autor de la obra *“Investigación sobre el origen y las causas de la Riqueza de las Naciones”*. Smith considera que la fuente de la riqueza nacional es el trabajo humano y con él las personas logran satisfacer su sentimiento

de la libertad, el deseo de propiedad y la propensión al comercio. Para él, la sociedad civil no es el resultado de un pacto o contrato social, sino la consecuencia natural de la organización del trabajo colectivo.

Opuesto a la intervención del Estado en la economía, le atribuye un conjunto de servicios y funciones que sirven para garantizar la paz, la tranquilidad y el orden de la sociedad natural, o sea, del mercado. La función más importante del Estado es la administración de la justicia. Si los hombres son dejados libres para buscar sus intereses –según Adam Smith–, las leyes naturales (la “*mano invisible*”) harán que se realice en la sociedad la justicia y la prosperidad.

El liberalismo político evoluciona en el tiempo y dentro de ese tránsito innumerables visiones se van agregando a sus fundamentos. Wilhelm von Humboldt (1767-1835) y Benjamin Constant (1767-1830) aportan sobre la *libertad individual* y la señalan como la esencia misma de la ideología liberal; Alexis de Tocqueville (1805-1859) define a la *igualdad* como el valor privilegiado de la democracia y a la *libertad* como el ideal del orden político. Se agrega el aporte intelectual de Jeremy Bentham (1748-1832) y, John Stuart Mill (1806-1873) acerca de la *democratización del liberalismo* con sus propuestas de liberalismo y utilitarismo social (La mayor felicidad del mayor número, en cuanto medida de lo justo y lo injusto).

Con el apogeo del nacionalismo en la segunda mitad del siglo XIX, la Gran Guerra (1914-1918) y la crisis económica mundial de 1929, el liberalismo clásico fue puesto en duda ambientando el surgimiento del neoliberalismo. John Maynard Keynes (1883-1946) aunque mantiene los principios liberales de la propiedad privada y la iniciativa individual, considera que es el Estado la autoridad central y el actor económico determinante. Afirma que las finanzas públicas constituyen el instrumento principal para dirigir la economía,

y los impuestos el medio para una redistribución equitativa de la riqueza nacional.

Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XX, la propuesta neoliberal entra en crisis y surgen los aportes del austríaco Ludwig von Mises (1887-1973) que retomando algunas tesis del liberalismo clásico, construye una visión más humanista al establecer que en el mercado hay una dependencia recíproca entre los individuos, y que en procura del bien propio se busca también el bien ajeno. Por su parte, Milton Friedmann (1912-2007) y Friedrich von Hayek (1899-1992) proponen redimensionar el Estado puntualizando que su función debe reducirse a la defensa externa e interna y a la protección de los más débiles. Finalmente, el ya citado John Rawls, considera que la sociedad es una empresa de cooperación para el beneficio mutuo con reglas sociales compartidas por todos.

El liberalismo, en definitiva, hace de la autonomía del hombre una bandera política, económica y moral. Pone en el centro de la atención a los derechos humanos y propone, además, un sistema jurídico-institucional para salvaguardar esos derechos. En el ámbito económico esgrime como éxito el aumento de la producción, el desarrollo de la inventiva y de la iniciativa humana. Por su parte, la *democracia liberal* es la manifestación político-institucional del liberalismo, y el *capitalismo* es el sistema económico ligado a ese modo de pensar ideológico.

CAPÍTULO IX

La doctrina socialista

La “Comuna de París” de 1871, encarnó una revolución social de obreros y comerciantes contra un gobierno conservador. La palabra “socialista” fue de uso común en Francia hacia 1830, y se empleaba para designar teorías y hombres que se oponían a una sociedad gobernada por los principios del mercado y a una economía (pensaban) que beneficiaba a los acaudalados. El igualitarismo económico y social es fundamental en la idea socialista. La propiedad de la riqueza otorga unas ventajas y permite que unas clases sociales opriman a otras. Todos los socialistas coincidían en que los derechos de propiedad reforzaban la injusticia y algunos pretendían su abolición total. A éstos se le llamaban *comunistas*. Las ideas igualitarias siempre han fascinado a los hombres y muchos gobernantes se han esforzado por conciliar las diferencias entre pobres y ricos.

El cambio económico y social que planteaba la industrialización europea impulsó a un noble francés, Claude Saint-Simon (1760-1825) (junto al británico Robert Owen [1771-1858] fueron considerados fundadores del socialismo moderno), a pregonar la necesidad de una organización planificada de la economía. Saint Simon argumentó que el impacto sobre la sociedad del avance tecnológico y científico demandaba, además, *la sustitución de las clases gobernantes tradicionales, aristocráticas y rurales, por unas élites que representaban a las nuevas fuerzas económicas e intelectuales* (John M. Roberts: “La era de la Revolución”).

En 1848, el *Manifiesto Comunista* de Karl Marx se constituyó en el documento más trascendente de la historia del socialismo. La sociedad industrial había creado una nueva clase trabajadora destinada a actuar revolucionariamente. El capitalismo estaba desfasado y, por lo tanto, condenado históricamente. Toda la sociedad, según Marx, tiene un sistema particular de derechos de propiedad y relaciones de clase, y éstas determinan su particular sistema político. La política es la expresión obligada de las fuerzas económicas. Tarde o temprano, según percibía Marx, la revolución acabaría con la sociedad capitalista y sus formas, del mismo modo que la sociedad capitalista había terminado con la feudal.

Un movimiento socialista internacional surgió en los veinte años siguientes a la publicación del Manifiesto. El marxismo se transformó en un mito popular basado en una visión de la historia en la cual la clase obrera era el pueblo elegido para establecer una sociedad justa. El edificio creado por Marx se sustenta en una fe laica sobre la evolución de la historia como fuente de inspiración para la organización de la clase obrera. La primera Organización Internacional de Trabajadores apareció en 1863.

El objetivo de la eliminación de las diferencias de clase, llevó a los socialistas a plantearse si se podía llegar por medios democráticos a una sociedad sin clases organizada según principios socialistas, o si el único modo de vencer a las poderosas instituciones del capital y la propiedad privada, era la violencia revolucionaria. Dentro de la primera concepción se ubicaron los socialdemócratas para distinguirse de los marxistas radicales que alimentaban la idea de la revolución cruenta.

Finalizada la Primera Guerra Mundial en 1918, se plantearon en el terreno de la filosofía de la historia, tres

antagonismos básicos que constituyen el núcleo del siglo XX: la democracia liberal, el marxismo leninismo y el fascismo/nacional socialismo. Luego de la segunda guerra mundial desaparece esta última propuesta y quedan sólo dos campos para las ideas políticas.

Con la Revolución rusa de 1917 se inició una época del llamado *"mito de la revolución"* que perduró hasta la caída de la Unión Soviética. Su centro ideal fue el marxismo-leninismo y su Revolución. Ésta tiene sus antecedentes en la mística de la Revolución Francesa y alcanzó clara visibilidad con La Comuna de París. Mientras el mundo liberal es el más plural y complejo, el marxismo leninismo se presenta como la Revolución definitiva. En cierto modo una continuación, negación y superación de la Revolución Francesa.

El ensayista inglés H.G. Wells señaló que la dinámica esencial de la historia ha sido la interacción de las civilizaciones agrarias y las minorías de pastores nómadas. El gran salto histórico se produjo con la Revolución Norteamericana dando paso a la democracia moderna, la Revolución Francesa con sus postulados de libertad e igualdad y la Revolución Industrial provocando acelerados cambios sociales y económicos. Esta síntesis posibilitó la gestación universal de una comunidad de libre voluntad del individuo en los propósitos comunes de la civilización. Este nuevo régimen democrático liberal, según H.G. Wells, se caracteriza por la Revolución *"mecánica"* que exime del trabajo servil campesino, aumenta la productividad y posibilita la instauración de una civilización de *"participantes"*. Wells tiene una perspectiva moralista del inevitable ascenso de la especie humana.

Mientras la corriente histórica liberal democrática de Occidente se muestra polifacética, *"la Revolución de Octubre de 1917, se condensa en modo monolítico en Marx y*

su continuación en Lenin [...] A la “primera modernidad” liberal democrática se le contraponía una “segunda modernidad” comunista, que pretendía alcanzar la Revolución definitiva, el más allá de la historia, que convertía a ésta en “pre-historia”, pues que realizaba el paso del “reino de la necesidad” al “reino de la libertad”. (Alberto Methol Ferré: Filosofía e Historia tras el Colapso del Ateísmo Mesiánico”).

Lo cierto es que el marxismo elaboró una “filosofía de la historia” de efervescente coherencia, donde la historia universal presenta una serie de regímenes de producción: comunismo primitivo, esclavismo antiguo, feudalismo, capitalismo, finalmente la lucha de clases, una sociedad comunista del hombre reconciliado históricamente con el hombre. La pregunta surge: ¿cómo es posible el gran salto del capitalismo al comunismo? Falta la praxis que obliga al marxismo a tomar en cuenta una vía de concertación liberal democrática basada en una evolución, un “reformismo” fragmentario, que permita una transición moderada hacia el “reino de la libertad”. Sin embargo, Lenin logró superar esta propuesta revolucionaria atemperada alcanzando, con la Revolución de Octubre, un éxito que proyectó la revolución más allá de la poderosa Rusia.

La paradoja quedará establecida por el camino delineado por Karl Marx. Su punto de partida es una clara oposición al Cristianismo. Su materialismo dialéctico es la expresión de una contra-religión, pero al mismo tiempo es la expresión de un “reino de los hombres” con un sentido de la historia que lo hermana con la propuesta cristiana de alcanzar un “reino”, que en su caso se configura como una “religión secular universal”, un “ateísmo mesiánico”. La Religión es sustituida por la Política, e inexorablemente por el Estado Totalitario.

Este socialismo ateo, en especial el marxismo, comienza a ser por primera vez en la historia un movimiento de masas.

Luego de la primera guerra mundial, Rusia se presenta como la gran esperanza y su revolución va más allá de las Revoluciones norteamericana y francesa, proclamando al imperialismo, como última etapa del capitalismo. Su gran expansión se produjo luego de la segunda guerra mundial y agotó su itinerario en 1989. La unidad pretendida entre teoría y praxis, el diseño de una “sociología profética” y “economía escatológica” en una sola dinámica totalizante, tendrá su freno definitivo.

El marxismo, luego de Stalin, tuvo una significativa expansión intelectual en Europa Occidental. Su renovación en figuras como Marc Bloch (1886-1944, fundador de la Escuela de los Annales y autor de “*Introducción a la Historia*”), Herbert Marcuse (1898-1979, filósofo y sociólogo judío, integrante de la llamada *Escuela de Frankfurt*), Jean Paul Sartre (1905-1980, filósofo y escritor francés, profesó el *existencialismo* y el *marxismo humanista*), pretendió poner en jaque tanto al capitalismo norteamericano como al totalitarismo soviético. Este marxismo occidental tuvo el freno del Tercer Mundo en el proceso de descolonización de los imperios europeos. Sin embargo, penetró profundamente en las reivindicaciones de los pueblos dependientes de los poderes de occidente. En América Latina, con la sociología de la modernización, tuvo una importante presencia en los años sesenta. Nunca antes el marxismo había tenido una adhesión tan manifiesta, diluida con el correr del tiempo por la falta de renovación del “*marxismo dogmático*” de la URSS.

El triunfo del liberalismo económico y el advenimiento de una sociedad post-industrial a partir de mediados de los años 70, crearon una nueva dinámica histórica que dejó fuera de competencia a la Unión Soviética. En 1980 los propios obreros polacos en el sindicato “*Solidaridad*” reivindicaron su derecho a la libertad; más tarde los intentos

de “*perestroika*” y “*gladsnot*” no hicieron más que precipitar la caída de la URSS y el propósito final de la Revolución.

La caída del imperio soviético ha hecho desaparecer muchos aspectos políticos y económicos del sistema totalitario marxista. Sin embargo, el marxismo gramsciano ha logrado dar vida a una cultura laica y radical, que está presente en muchos sectores de la población occidental. Para lograr un marxismo teórico e intelectual, Antonio Gramsci (1891-1937) desarrolló su teoría a partir de las circunstancias políticas y económicas que presentaba Europa del oeste.

Este autor comunista consideró la necesidad de construir una estrategia revolucionaria específica para Europa de Occidente. Si en Rusia fue imprescindible apropiarse del Estado para dominar la sociedad; en Europa, al existir una sociedad civil desarrollada, la necesidad se plantea en sentido contrario, es decir, conquistar la sociedad para apropiarse del Estado. ¿Cuál es la estrategia?, la de cautivar ideológicamente a los intelectuales, sobre todo a través de la escuela, la universidad, la magistratura, el arte; puesto que los intelectuales son los difusores más eficaces de las ideas. El intelectual como portavoz del cambio de valores, el instrumento más poderoso para romper con el poder político.

Hoy toman fuerza nuevas propuestas del socialismo político. Su origen se ubica en el fundador de la *socialdemocracia* Eduard Bernstein (1850-1923, político alemán de origen judío), quien llevó adelante un proceso de revisionismo de la doctrina marxista precisando, principalmente, que *“La ausencia de dominio de clase se podrá lograr mediante los procesos democráticos de los países liberales. Los partidos socialdemócratas deben conquistar el poder no a través de la revolución, sino mediante la victoria en las elecciones políticas. La democracia trabaja a favor de*

la conciliación de las clases y a su superación. En ese sentido, la democracia es medio y fin". (Mariano Fazio: "Historia de las ideas contemporáneas").

El mencionado Berstein, con su visión humanista ha superado el marxismo ortodoxo. Los socialismos actuales mantienen su visión economicista del mundo y reconocen el papel positivo de la propiedad privada y la libre iniciativa individual. En el siglo XX, el laborismo británico y el socialismo escandinavo, son dos ejemplos del socialismo democrático.

CAPÍTULO X

La democracia liberal republicana del Uruguay

¿Cómo se explica la génesis y el desarrollo del marco institucional del Uruguay? Un enfoque posible es un análisis que tenga en cuenta tres elementos que interactúan y que reunidos fundamentan, en nuestro caso, el aserto de un Uruguay democrático republicano liberal: el sistema institucional y la vida política; la filosofía política y, en tercer lugar, las corrientes de pensamiento y la cultura cívica.

La cultura política de una sociedad está definida por un sistema de creencias empíricas, símbolos expresivos y valores. Creencias y mentalidades conforman la cultura del país. Establecen una continuidad. Sin embargo, el origen de nuevas creencias y los procesos de cambio que operan ante la presencia de nuevas corrientes ideológicas, demandan el análisis de las élites políticas e intelectuales representadas por los gobernantes y los formadores de opinión.

El término *democracia liberal* reúne una forma de gobierno con una teoría del Estado. El Estado liberal puede concebirse como la ampliación progresiva de la esfera de la libertad del individuo con respecto a los poderes públicos y como la emancipación gradual de la sociedad civil de la acción del Estado. Esta visión expresa una idea contraria a un Estado paternalista y a las formas uniformizadas de los comportamientos de los individuos. Se exalta la necesidad de una sociedad con una relativa autonomía, de las virtudes de la competencia y del disenso entre individuos y grupos, como condición del progreso material y moral.

En cuanto al alcance del término democracia como forma de gobierno, tiene un origen antiguo. Desde sus inicios confirma como titular del poder político al pueblo. Formulaciones modernas de democracia introducen el régimen representativo en contraposición a las asambleas directas de la época clásica. *“El principio base de la soberanía popular no se altera, pero se distinguen por la forma en que se la ejerce, sin mandatos imperativos y como representación de la nación, dando origen al sistema parlamentario”*. (Daniel Corbo Longueira).

Esta proyección del individuo por sobre la sociedad estamental y corporativa, unido a la creación de entidades de la nación y la ciudadanía, confluye con el nacimiento del Estado Liberal, cuyo principal argumento reside en los derechos inviolables del individuo. De esta forma la democracia moderna concuerda con los postulados propuestos por el liberalismo. Las reglas que establece la democracia como forma de gobierno son vistas como la consecuencia natural de un proceso al garantizarse la distribución del poder entre los ciudadanos.

En el Estado Liberal la igualdad define dos principios fundamentales: la igualdad ante la ley y la igualdad de derechos fundamentales garantizados constitucionalmente. ¿Cómo integrar estos dos principios al igualitarismo democrático que postula un ideal de cierta equiparación económica y la búsqueda de nivelación social? Esta disyuntiva permanecerá como una tensión entre una teoría del Estado y una forma de gobierno. Sin embargo, el liberalismo necesita a la democracia porque sólo ella es capaz de realizar en plenitud los ideales de libertad, al mismo tiempo que el Estado Liberal es la condición para el ejercicio de la democracia.

A las corrientes o tradiciones que definen al *liberalismo* y la *democracia* se agrega el *republicanismo* como una tercera

corriente de pensamiento para establecer una síntesis que define a muchos regímenes políticos. La idea de lo republicano implica el desempeño de las funciones públicas como una actividad dignificante que exige cuidadosa sujeción a la ley y un sacrificio de los intereses privados de los funcionarios a cambio de su entrega al servicio del bien público. Esto infiere una distinción entre la esfera pública y la privada. En el republicanismo, por lo tanto, la esfera pública es el área más adecuada para el pleno desarrollo humano.

A pesar de sus aparentes contradicciones (derechos individuales-igualitarismo democrático; escena privada-pública) en el Uruguay se fue instrumentando un sistema político de sólidas instituciones democrático liberales que es efectivamente decisivo en la construcción de las democracias modernas. Tanto para la tradición republicana como el pensamiento democrático, la política permite el desarrollo de la comunidad, mientras que el liberalismo ve en la política un instrumento que garantiza las condiciones para alcanzar fines que residen en el ámbito privado (mercado, familia, confesión religiosa, entre otros).

En Uruguay en el siglo XIX, principalmente, confluye una pluralidad de corrientes constitutivas del liberalismo (liberalismo clásico, liberal-iluminismo, liberalismo-tradicionalismo, libertarismo) y de tradiciones de pensamiento universales. A poco de auscultar las fuentes de inspiración de los Constituyentes de 1830, observamos sus formas republicanas liberales con el predominio del modelo europeo y la presencia vinculante de los conceptos de libertad y democracia de la Constitución norteamericana. El legislador también supo incorporar aquellas disposiciones legales que la Provincia y posteriormente el Estado en formación, se fue dando a sí mismos en su camino hacia la plena independencia política.

Pródiga en virtudes institucionales –un legislador con independencia funcional, la organización e independencia del Poder Judicial, un avanzado espectro de derechos individuales-, la Constitución de 1830 se alineó con el carácter censitario del liberalismo europeo negándole la ciudadanía al pueblo campesino y a los pobres e iletrados de Montevideo, sujetos activos de la revolución. A la “República” le retacearon el esplendor de la “democracia”: “quisieron establecer una república censitaria y letrada, propietarista y civil (no militar), unitaria”. (Romeo Pérez Antón: “Cuatro antagonismos sucesivos. La concreta instauración de la Democracia Uruguaya). Quedó así, pendiente, una tarea de construcción que fue cumplida por la cultura y el sistema político uruguayo.

El liberalismo político original se pronunció por las libertades, derechos individuales y el voto censitario. En ese proceso de construcción, la democracia en Uruguay ganó espacios e irrumpió hacia los albores del siglo XX. Fue el momento del cambio; se estructuraron y democratizaron los partidos tradicionales; se alejaron las guerras civiles; surgió la clase media; el Estado moderador, regulador, salió en protección del más débil e invadió el ámbito público, Construyó una religión laica –la del Estado-, que ostenta los símbolos identificadores de la nacionalidad. Las fiestas públicas se relacionaron cada vez más con los hechos patrióticos y sus habitantes se transformaron en protagonistas políticos con frecuente ejercicio del voto ciudadano.

La *democracia liberal republicana uruguaya* constituye, en definitiva, una asociación política por la cual la sociedad admite la diversidad de las voces de sus miembros sin que una de ellas sea preponderante y juzgue a las demás. Se contrapone a la visión jacobina para cuyo modelo la ciudadanía competente implica la capacidad de renunciar a

otros intereses y lealtades que no sean del cuerpo político común. Este jacobinismo tiende a disciplinar continuamente al elemento social para que no se salga de los cauces y no afecte la unidad del cuerpo político despreciando los aportes y las preferencias ciudadanas. Su despliegue da lugar a un saber, una moralidad, una cultura y una historia “oficial”, una zona de “nadie y de todos”, sustraída a diferendos y aversiones particulares. En cambio, una visión abierta, plural, encuentra en la diversidad las mejores condiciones sociales de ejercicio de la ciudadanía.

Las tradiciones ideológicas operantes en la cultura nacional han favorecido el establecimiento de una pauta dominante que ha erigido la tradición liberal republicana en su versión batllista como hegemónica, sin advertir otros aportes como las expresiones liberal-conservadora, liberal-tradicionalista y el pensamiento social-cristiano. Estas expresiones han aportado a la configuración democrático liberal del país, no sólo como un factor regulador de la vida política y social, sino el valor de las propias narraciones históricas constitutivas de identidades colectivas, el sentido de comunidad frente a vocaciones individualistas y un sentido de amplia tolerancia de creencias e idiosincrasias, garantes de una conformación más amplia y plural que la sola presencia de una versión dominante y exclusiva, simplificadora de nuestras tradiciones ideológicas.

En un largo proceso de construcción de la ciudadanía, los uruguayos supieron identificarse con un modo de “ser nacional”. Una sociedad igualitaria que se fundó en los principios democrático-republicanos proclamados con claridad desde su origen revolucionario por su líder político militar José Artigas, y en la vigencia de la ley: *“Asociada al modelo de ciudadanía predominante y al espacio expandido que ocupa lo político, se destaca la elevada consideración de la ley, entrevista como una suerte de representación simbólica*

de la nación y del Parlamento como dimensión institucional representativa de la soberanía popular. Este modelo de ciudadanía vinculaba las ideas de nación y de república, unía las imágenes de la urna donde cada ciudadano depositaba 'el voto que el alma pronuncia' (estrofa del himno nacional) y del Palacio Legislativo, como símbolos privilegiados de un 'nosotros' uruguayo [...] Así la 'nación' y la 'ciudadanía' quedaban fuertemente asociadas al funcionamiento de las instituciones y del sistema de partidos, a la índole democrática integrativa del Estado y a la idea misma de 'pacto republicano' " (Daniel Corbo Longueira: "La construcción de la ciudadanía democrática en el Uruguay").

CAPÍTULO XI

La influencia de Marcha

Nació en 1939 y fue clausurada en 1974. En una primera etapa estuvo marcada por el perfil que emanaba de la *Generación del 45*. Además de su nivel cultural se caracterizaba por prescindir de una posición partidaria no exenta de un pensamiento político referencial. Luego, en los sesenta se aprecia una definición ideológica y una militancia decididamente de izquierda como producto de un contexto de radicalización política.

Marcha se definió ideológicamente por el socialismo. En sus editoriales Quijano proclamaba la lucha por el socialismo y contra el imperialismo. Definía al socialismo como un “*régimen de producción y un régimen de reparto*”. Abogaba por la planificación de la economía, la propiedad colectiva de los medios de producción. Según su concepción, el socialismo es trabajo y técnica, y progreso económico para lograr el progreso social. No creía en la libre empresa, un modelo occidental, “*anglosajón*”. Defendía las nacionalizaciones, demandaba una reforma agraria, apelaba al humanismo y auguraba la llegada para América de una gran revolución.

El semanario Marcha representó, desde la década de 1950, a los intelectuales que mantenían una actitud crítica no comprometida con la acción política. Luego del frustrado intento electoral a través de un nuevo movimiento conocido como “*Izquierda Nacional Independiente*” -consustanciado con el planteo de una Democracia Social-, parte de los colaboradores del Semanario junto a su director, Carlos

Quijano, decidieron mantener su prédica sin tomar una opción partidaria.

Marcha, entonces, era neutral aunque siempre crítica. El propio Quijano, reflexionando sobre el destino del Semanario, expresó que: *Lo primero que debemos reconocer es que no servíamos para la acción política o si se quiere para la actividad electoral*. ¿Cuál sería, entonces la tarea a desarrollar?: *“Una modesta tarea de docencia [...] En la medida de nuestras posibilidades todos los de Marcha hacemos por el país -sin pedir nada- todo cuanto podemos”*. Su extendido tiraje en ejemplares (llegó a alcanzar la cifra de 30.000), conseguía consecuentes lectores, pero no votos como lo testimonian las elecciones de 1946 cuando el semanario apoyó la candidatura al Senado de Quijano. De esta manera lograba su coherencia en la teorización de sus postulados políticos cuya base será el socialismo, compromiso hecho público hacia 1958.

Su *“conciencia crítica”* (expresión acuñada por Ángel Rama, 1972), apuntaba a replantearse el destino de Uruguay como Nación una vez que la crisis de los años 50 y 60 se manifestaba. Celosos por realizar la versión más acabada de la verdad, quienes escribieron en el Semanario lo hicieron con gran rigor académico, un reflejo de sus conocimientos culturales. Sus artículos expresaban su rechazo al imperialismo en su versión panamericana auspiciada por los Estados Unidos, al fascismo, a las dictaduras y, como contrapropuesta su vocación por la integración latinoamericana y regional, una forma de nacionalismo latinoamericano emparentado con la posición del *“Tercer Mundo”* marcando la neutralidad respecto de la división en bloques luego de la Segunda Guerra Mundial.

La cultura uruguaya, especialmente la literatura, recibió el aporte de sus críticos configurando un espacio para la

divulgación, poniendo las novedades literarias al alcance de la mano. Allí los lectores contaron con la publicación de autores nacionales como Francisco Espínola, narradores como Juan José Morosoli y Serafín J. García, poetas como Juan Cunha y Sara de Ibáñez. En sus páginas podían encontrarse a Federico García Lorca, Antonio Machado u Óscar Wilde; con la crítica teatral de Juan Carlos Onetti o la crítica musical de Lauro Ayestarán o las caricaturas de Julio E. Suárez, “Peloduro”.

La sección “*Literarias*” contó con la dirección de Emir Rodríguez Monegal. Allí estaban presentes la literatura anglosajona; los argentinos Jorge Luis Borges y Victoria Ocampo, William Faulkner, Frank Kafka, T. S. Elliot, Thomas Mann y un sinfín de autores latinoamericanos. En la sección escribían no sólo críticos, sino creadores como Carlos Martínez Moreno en teatro y literatura; Carlos Maggi, Manuel Flores Mora en teatro; Pablo Mañé Garzón en música y plástica, entre otros.

La cultura del cine se vio potenciada en un país que casi no tenía una producción cinematográfica. Los espectadores fueron educados en este arte a través de las críticas de clásicos y estrenos cinematográficos. En ciertos períodos contaron con el aporte de Homero Alsina Thevenet y Hugo Alfaro.

Con Ángel Rama en la dirección de “*Literarias*” a partir de 1958, la cultura, tal como lo pretendía Gramsci, se unió con la política para adquirir un perfil que tuvo al antiimperialismo y la búsqueda de un nacionalismo latinoamericano como ejes principales. Era necesario difundir una crítica que buscara un nacionalismo cultural proyectado en una América Latina integrada. Sus conocidas monografías recogidas en una serie de *Cuadernos*, eran seguidas con unción por sus lectores porque sus contenidos planteaban temas de actualidad con

un espíritu informativo, de inusitada coherencia académica, además de la crítica cuando asomaba alguna revisión historiográfica.

Durante los años 60 y con Ángel Rama como principal protagonista, los intelectuales de *Marcha* comenzaron a sentir las tensiones que provocaba la Revolución Cubana. Acrecentada más tarde cuando Fidel Castro en abril de 1961 declaró a la revolución como socialista y en diciembre de ese mismo año como una revolución “*marxista leninista*”. ¿Adherir o rechazar? ¿Cómo se configuraba el antiimperialismo? ¿Era sólo antinorteamericano? ¿Primaba la integración latinoamericana dentro de la cual Cuba era un ejemplo? ¿O era más procedente la neutralidad de la Tercera Posición?

Dentro del Semanario comenzó a darse una discusión sobre los alcances del compromiso político por el cual bregaba Rama. Éste, invocando la “*autoconciencia crítica*”, proponía tomar decisiones que “*tienen que ver con distintos modos de encarar la toma del poder*”, según sus propias palabras. (Citado en Altamirano, Carlos “*Élites culturales en el siglo XX latinoamericano*”).

Nuevos intelectuales se iban incorporando y asumiendo roles protagónicos, incluso dirigiendo la sección “*Literarias*” como Jorge Rufinelli, la Secretaría de la redacción a cargo de Eduardo Hughes Galeano y la participación de María Esther Gilio (entre otros se pueden incluir a Hugo Achugar, Carlos Rama, José Pedro Barrán y Benjamin Nahum). En el centro de la cuestión se planteaba la necesidad de adoptar posición ante diversos temas críticos. Integrando la política con la cultura, el impulso lo daba una nueva generación, más activa, menos neutral y más comprometida ideológicamente.

Esta nueva generación, conocida como la del 60, cuestionó el sistema vigente en todo lo que significaba la propiedad privada, la economía de mercado y el liberalismo

político. El socialismo era el núcleo principal para lograr un nuevo orden político y social. Aunque se mantenían distantes de quienes tenían que tomar decisiones en el orden político, construían -desde una visión marxista-, análisis económicos y sociales cuyos contenidos planteaban soluciones muchas veces difíciles de implementar.

Hablar de Marcha es hablar de Carlos Quijano. Los jóvenes de la década de los 50 lo consideraban el gran referente, el hombre mayor que concentraba virtudes a admirar: militancia política, una gestión cultural ilustrada, el desvelo por la integración latinoamericana, un nacionalismo dentro de su marco geográfico. Fue el referente rodoniano por su rechazo al utilitarismo anglosajón y más tarde por su apoyo a la Revolución Cubana del cambio socialista. Su importancia era reconocida por todos los que participaban en la redacción del Semanario.

Quijano supo adaptarse a la indeclinable posición crítica de sus colaboradores sin claudicar de sus convicciones democráticas republicanas que en su origen se hallaban en las líneas políticas de la Asociación Nacionalista Demócrata Social. *“Esa figura algo épica, con ribetes simpáticos para muchos, en tanto se lo ha asociado con un idealismo casi quijotesco -algo para lo cual hasta su apellido pareciera predisponerlo-, es el ícono principal de toda una época del Uruguay y en él se resumen la desconfianza respecto del poder [...] Esa ‘tanatización’ (aprensión) del poder, de la cual Quijano es emblema, puede ser un rasgo definitorio, paradójicamente y con el pasar del tiempo, de la posición que se caracteriza por plantear permanentemente soluciones fáciles y mágicas, atribuyendo siempre a los otros la culpa de todo lo que se considera malo en la vida del país [...] (Aldo Mazzucchelli: “Manual para destruir un país liberal”).*

En cuanto a la trascendencia de Marcha puede ser reconocida con el siguiente aporte:

“No tengo dudas acerca de la influencia de Marcha, en las opiniones de los uruguayos desde la posguerra hasta el golpe de 1973. Los testimonios al respecto, tanto el de Ardao, como el de Ángel Rama y Real de Azúa por citar algunos de los más autorizados, son suficientemente convincentes. Pero considero pertinente considerar, además, otras razones de dicho proceso. Habría que incluir los aportes de los partidos de la izquierda, que especialmente desde el movimiento sindical y estudiantil, desarrollaron un severo cuestionamiento por esos años a los sucesivos gobiernos; la onda expansiva de la revolución cubana de 1959; el auge a nivel mundial de la temperatura ideológica...

Seguramente Marcha fue abanderado y símbolo del pasaje a posiciones de izquierda de parte fundamental de la juventud y de la intelectualidad. Pero no puede ser visto como único factor causal”. (De Armas, Garcé, Adolfo: Uruguay y su conciencia crítica. Intelectuales y Política en el siglo XX, Trilce, Montevideo, 1997).

CAPÍTULO XII

La Generación del 45

La *Generación del 45* produjo un cambio profundo en la evolución de las ideas. Quijano a través de *Marcha* y de los que la conformaban, influyeron decididamente en la formación de los intelectuales que le sucedieron. Su perfil se alineaba a la crítica permanente y sin concepciones al ideario nacional que construyeron las últimas generaciones de intelectuales que le precedieron. Aquel “estado de bienestar” creado por el Uruguay batllista ya no tenía cabida, el sistema que se visualizaba en la manera de pensar y las costumbres. Pusieron la cultura nacional en tela de juicio y un brazo extendido a la generación del 900 por su carácter universal y la excelencia de sus propuestas filosóficas (Carlos Vaz Ferreira, José Enrique Rodó).

Estaba formada por un conjunto de novelistas, ensayistas, cuentistas, historiadores, críticos literarios, dramaturgos, es decir una generación de elevado nivel educativo en una ciudad como Montevideo, capital de un pequeño país y centro político de vocación cultural cosmopolita. Fue el marco adecuado para permitir un importante número de lectores debido al grado de alfabetización de su población. Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal fueron quienes la caracterizaron como *Generación crítica* o *Generación del 45*, respectivamente.

La crítica sin concesiones, siempre lanzada desde la altura que le otorgaba su nivel intelectual, condenaba al Uruguay de la medianía y el tono deslucido de la política. Sin embargo, aunque esgrimían no pertenecer a partidos

políticos, no tenía sentido una exacerbada crítica sin una propuesta de ideas. ¿Dónde buscarla? En la doctrina liberal, el socialismo o en una atenuada social democracia. Con sus análisis pretendían discernir sobre los valores de la verdad y la justicia, y si su razonamiento era correcto participar en ese combate ideológico. Su propuesta, entonces, debía prescindir del desempeño de ningún cargo público para evitar toda contaminación que pusiera en duda su moral ejercida desde un esclarecido pedestal. (Historia Reciente, Intelectuales y Política, 21, El País.)

La *Generación del 45* con su exacerbada visión crítica del Uruguay del bienestar batllista decadente, impregnó de escepticismo y generó en la ciudadanía una pérdida de confianza sobre la viabilidad del Uruguay, como ya lo hemos señalado. Carlos Maggi -en una mirada retrospectiva cuando irrumpió la crisis de 1973- se preguntaba si no existía una responsabilidad de la *Generación del 45* con su visión detractora y escéptica sobre el futuro del país: “... cuatro o cinco décadas en la vida de un país, son muchas para aguantarse clavado en la misma cruz”, reflexionaba el mencionado autor (Carlos Maggi en “*La reforma inevitable*”, Ed. De la Plaza, Montevideo, 1994, pp. 14, 15).

La crítica desarrollada exponía sus soluciones mediante la implantación de un socialismo estatista, en clara oposición a la solución liberal que proponía una preeminencia del mercado como agente de progreso. Integración regional, latinoamericana, la participación del Estado con sus programas de desarrollo. Se puede razonar diciendo que una crítica persistente de denuncia sobre una crisis, despertó la conciencia de los ciudadanos e influyó en los cambios que se fueron sucediendo a través de las décadas. Puede haber algo de eso, pero es necesario establecer su alcance puesto que la propuesta tenía un marcado sesgo político e ideológico excluyente. Opuestos a toda visión liberal, rechazaban con la

misma intensidad a la economía de mercado y al imperialismo anglosajón.

El semanario *Marcha* fue el instrumento adecuado, junto a un amplio número de revistas culturales, para dar cuenta de la cantidad de problemas que abrumaban al Uruguay de entonces. Casi todos cultivaron el ensayo como género y construyeron una literatura que tuvo el reconocimiento internacional. Abría el horizonte cultural a los aportes que provenían de Europa y Estados Unidos y generaba un intercambio con destacados intelectuales, principalmente, de América.

La ciudad ofrecía espacios de encuentro alrededor de una mesa de café. Entre los lugares destacados se ubicaba el Sorocabana, el Tupí viejo o el Metro, sin descartar otros como el Taller de Joaquín Torres García o el Ateneo de Montevideo. Junto a un amplio espectro de revistas y diarios de la prensa, estas tertulias eran ámbitos donde se ejercitaba la ciudadanía y se formaba a la opinión pública.

La labor de la “*Generación del 45*” durante la década, principalmente, de los años 50 impulsó, por ejemplo, la creación -junto a la intervención estatal- de la Comisión del Archivo Artigas y la colección de Clásicos Uruguayos de la Biblioteca Artigas. Esta iniciativa fue un inestimable aporte a la historiografía y a la historia literaria del Uruguay.

Un contencioso despierta interés: la disputa entre Emir Rodríguez Monegal y Ángel Rama, o para decirlo en otras palabras el duelo permanente que sostuvieron durante varios años, por ejemplo, para elegir la expresión que mejor caracterizara a los integrantes de su generación. Emir Rodríguez Monegal sostuvo en 1966 que el nombre “*del 45*” vinculaba en sí misma la cualidad local de hechos internacionales estableciendo una medida de tiempo como las que se adoptaban para las generaciones. El año 45

marcaba el fin de la II Guerra Mundial, el comienzo de la Guerra Fría y la entrada de la Era Atómica. Destacaba, en el plano internacional, una rivalidad entre los imperialismos británicos y el norteamericano, la presencia del peronismo en la Argentina y *“el restablecimiento de la institucionalidad democrática luego del golpe del 42”* (Ximena Espeche: *“La Paradoja Uruguaya”*). Todos estos acontecimientos -unidos a otros factores-, obligaban al Uruguay a tomar posiciones muchas veces antagónicas.

Ángel Rama disentía. La cantidad de problemas sin soluciones que heredaban los intelectuales de su tiempo, desencadenaba una racional crítica a la cultura y a la sociedad uruguaya de sus contemporáneos. La denominación de *“generación crítica”* era la más representativa y se alineaba con mayor precisión a lo que en realidad era una *“conciencia crítica”*: *“Ese otro modo de conocer una realidad, que nace en la convivencia interna de su realización, es lo que define, para Ortega (y Gasset) y sus seguidores, la función colectiva de una generación.”* (Ángel Rama: *“La conciencia crítica”*, Enciclopedia Uruguaya, 56)

Detrás de la disputa estaba la cuestión de sus liderazgos dentro de Marcha: *“Todo organizador de simposios, mesas redondas, congresos, conferencias y conspiraciones literarias, del Río Grande a Magallanes, sabía que conseguir la asistencia de Ángel y de Emir era asegurar el éxito de la reunión: con ellos presentes, había calidad intelectual y pugilismo vistoso. Ángel, más sociólogo y político; Emir, más literario y académico: aquel más a la izquierda, éste más a la derecha...”* (Mario Vargas Llosa en *“El Comercio de Lima”*, 1983).

El ensayo literario, la poesía, la reflexión filosófica y la investigación histórica eran sus campos exclusivos ejerciendo la crítica desde un cenáculo. No prestaron atención a otras

disciplinas que se manifestaban con lucidez en ese entonces. Enrique Iglesias en Economía y Aldo Solari en Sociología (fue uno de los primeros en construir una mirada sociológica del país), junto a otros destacados técnicos, generaron conocimientos útiles para la toma de decisiones (En 1960, la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico [CIDE] creada por el gobierno blanco, es un buen ejemplo). Sin embargo, los “del 45”, parecía no prestarles atención al lugar que ocupaban las ciencias sociales y las ciencias físico naturales.

La “*generación crítica*” no se caracterizaba solamente por la exclusiva preocupación nacional. Existía también una proyección internacional y se relacionaba con lo latinoamericano. Su vocación por el cambio, por dejar atrás a una generación, los impulsó a la búsqueda de horizontes más rigurosos indagando sobre fuentes renovadoras, por ejemplo, en el revisionismo argentino (revista “*Sur*”, presencia de Jorge Luis Borges) y el aporte de Torres García introduciendo las últimas corrientes europeas de las artes plásticas. Esa internacionalización modernizadora deparó excelentes resultados en la literatura nacional (influencia de Marcel Proust, William Faulkner, James Joyce, Aldous Huxley), el desarrollo de la “*cultura cinematográfica*” y la crítica educadora (Homero Alsina Thevenet, Hugo Alfaro) y la presencia de nuevos creadores teatrales modernos (Jacobo Langsner, Carlos Maggi, Antonio Larreta).

Sin embargo, otros intelectuales nacionales escapaban a esa corriente caracterizada anteriormente. Afiliados a un nacionalismo tradicional emparentado con el catolicismo (revista “*Asir*”), fueron calificados por Ángel Rama como “*librados a una nutrición intelectual arcaica, conservadora...*”, para luego caracterizar a: “*...otras figuras y movimientos (quienes ejercieron) esa función compensadora que Karl Mannheim atribuye a las élites localistas para equilibrar y*

completar la tarea de las élites internacionalistas, logrando una regulación armónica del avance cultural”.

Y en este aspecto destacaba la tarea historiadora de Washington Reyes Abadie, Roberto Ares Pons, Alfredo Castellanos, José Claudio Williman, José Pedro Barrán -entre otros-, siendo Juan Pível Devoto un referente ineludible. Junto al ensayo sociológico de Alberto Methol Ferré y la expresión más espiritualista y nacionalista de Real de Azúa, encontraron un camino nuevo dentro una visión modernizadora.

En la década de 1960, la *Generación del 60* iniciará una etapa más radical dentro de un contexto nacional conflictivo en el orden político, económico y social. El compromiso político fue mayor; podemos calificarlo como combativo y militante. La *“Generación del 45”* había advertido sobre la crisis que se avecinaba; los del 60 manifestaron abiertamente su compromiso político de izquierda. Se trataba de bregar por un cambio profundo y el instrumento seguía siendo las publicaciones (Marcha, Enciclopedia Uruguay, Capítulo Oriental) que llegaban masivamente a un significativo número de lectores.

CAPÍTULO XIII

Ángel Rama o la conciencia crítica

“El Uruguay me hizo, yo soy su producto, para bien y para mal; yo soy hijo de su historia y de su probada vocación de libertad y de justicia, yo he sido modelado por su inteligente vocación y he sido impregnado de su sentimiento democrático de igualdad, he sido formado en el trabajo y la exigencia con la convicción de servir a una comunidad activa y generosa...”. Así se expresaba este intelectual uruguayo nacido en 1926, hijo de una familia de inmigrantes gallegos.

Integrante de la *Generación del 45*, se propuso transformar desde la literatura y el ensayo una cultura que sentía, junto a los de su generación, anacrónica y desvitalizada. Sus instrumentos fueron la creación de teatros y cineclubes, publicaron revistas y construyeron críticos editoriales. Escritor de novelas y dramas, reconocido internacionalmente; un periodista autodidacta que cursó estudios en la Facultad de Humanidades. Lector insaciable de autores clásicos y literatos europeos modernos, tuvo como referencia intelectual al maestro José Bergamín, un republicano español del cual recibió una cultura política basada en la búsqueda de la libertad y de la justicia.

Lo que distingue a Rama en su pasaje dirigiendo la página literaria de *Marcha*, entre los años 1959 y 1968, es su prédica hacia la revisión literaria según los conceptos que el mismo vertió: *Si tuviera que decir con toda precisión cuál entiendo la tarea más importante del momento actual y nuestra responsabilidad cultural, diría que es la construcción de una literatura*. No alcanza con que haya buenas obras literarias

para que exista una literatura. Proponía un sistema en permanente movimiento *que responda a una necesidad de la sociedad en que funcionan*. (Ángel Rama, “Explorador de la Cultura”).

Dos elementos sustanciales se destacan en la vida intelectual de Rama. En primer lugar el magisterio de Carlos Quijano, definiendo a la labor periodística como una crítica comprometida e incisiva de la realidad económica, social y cultural. En segundo término su admiración por la Revolución Cubana que despertaba la ilusión de un socialismo en libertad. De allí surge su marcado interés por el vínculo entre literatura y sociedad. Se agrega, además, su vocación por la lectura de una extensa y madura narrativa latinoamericana con perfiles propios.

Ángel Rama reconocía el papel preponderante que en *la pugna histórica cabe a las ideas, las que cumplen una etapa previa y central en el proceso de transformación de las sociedades*, y fueron precisamente los intelectuales los que se pronunciaron con *un exhaustivo, impecable análisis que aceleró la disgregación del “ancien régime” francés* (Ángel Rama: “La conciencia crítica”, Enciclopedia Uruguay, 56). De esta forma interpretaba la trascendencia de la cultura en los cambios históricos como paso previo a la proposición de nuevas formas socio-culturales.

Para señalar la presencia en los años 50 y 60 de una nueva cultura en el Uruguay de entonces, Rama afirmaba que *un poema erótico, un cuadro de caballete, una novela sentimental, responden al mismo impulso que un estudio histórico, un editorial periodístico, una diagnosis sociológica, y todos esos productos culturales se sostienen en un comportamiento humano similar, donde la operación central radica en cuestionar las formas establecidas*,

problematizándolas, separando aisladamente sus partes para destruirlas.

El cómo lograr los cambios con el aporte de la cultura a través de una conciencia crítica, se encontraba, según Rama, en *la tarea de los poetas, de los revisionistas históricos, de los nacionalistas y ruralistas, de los narradores del presente social, de los editorialistas de 'Marcha', de la multiplicidad de críticos (de cine, de teatro, de música, de literatura), de los cristianos de una economía humana, de los sucesivos movimientos estudiantiles, de los sectores de extracción marxista, de las ideologías 'terceristas', de los hombres que hicieron el nuevo teatro, de los pintores desde el taller de Torres García hasta la explosión de individualidades, de las revistas literarias y cada vez más políticas, de las agrupaciones ideológicas del tipo Nuevas Bases...*

Sudiagnóstico sobre la realidad del país era marcadamente crítico. Una sociedad de estratos medios que había creado una sociedad democrática, civilista, instruida donde *la burguesía media parecía dueña y señora, estableciendo su edulcorado humanismo atribuible en lo fundamental a la heroica lucha batllista de las primeras décadas del siglo.*

Reconocía que el esfuerzo de las primeras décadas del siglo XX había consolidado un nuevo orden social pero que, en ese presente, cuando había llegado el momento de disfrutarlo se apreciaba en la sociedad una insatisfacción reclamando las promesas de un bienestar que no se hacía visible. Allí se hace presente lo que él definía como una *conciencia crítica* que se manifiesta a través de la cultura. Para Rama son los poetas los que expresan el desencanto de un tiempo que culmina: *Yo nací en Jacinto Vera / Qué barrio Jacinto Vera / Ranchos de lata por fuera / y por dentro de madera*, según los versos de Líber Falco.

A finales de los años 30 ya se abría paso una generación de intelectuales reclamando la apertura de un nuevo tiempo condenando el orden establecido. Citando a Juan Carlos Onetti, Rama expresaba que él *Había sido capaz de avizorar en la proa de los años treinta el crecimiento de la insolente y purísima juventud que se abría a la vida en un universo de adultos corrompidos considerando la importancia que le concedía a esa nueva inflexión de la cultura.*

Allí nació la *generación de la crítica* (descartaba la designación del 45 porque, según él, el número adoptado nada significaba), a la cual se integraría la promoción posterior de los años sesenta. Admitiendo sus diferencias, las dos generaciones de intelectuales observaban la descomposición del liberalismo, pregonando el fin de una época. Era necesario establecer un nuevo tiempo intelectual promovido por otros protagonistas. En ese sentido, Ángel Rama reconocía hacia 1969 que su generación había cumplido su tarea, porque *“este ciclo histórico-cultural ha perdido su interior dinámica y apenas si se sobrevive, como se sobrevive todavía el edificio de nuestras instituciones liberales careciendo de viabilidad y capacidad creadora; como existen ya nuevas fuerzas que han hecho proposiciones drásticamente diferentes que tiene que ver con la destrucción real del sistema, nuestra cultura se ha inflexionado en el nuevo juego de tensiones, anunciando por lo tanto la apertura de otro ciclo histórico difícilmente predecible... avisaba en un tono premonitorio que Entre la gavilla de los nuevos intelectuales estarán los que interpreten sagazmente ese tiempo futuro y estructuren una nueva tónica de la cultura”.*

El propio Rama atestiguaba que la *“generación crítica”* ostentaba cierto orgullo por la marginación y la prescindencia, un alejamiento *de las fuerzas rectoras de la sociedad*, un aislamiento voluntario. Desde esa posición, su insaciable crítica mereció el aserto de funcionar como francotiradores,

incapaces de integrarse a nuevos movimientos políticos y a aquellos antiguos con los cuales simpatizaban.

Una negación en la participación política acompañada de una constante crítica, en especial a los que ejercían el poder, quedó como un esfuerzo de marcar errores con la finalidad de orientarlos para lograr un mejor funcionamiento. Todo ello sin asumir ningún compromiso político. Dueños de la ética, incriminaban a quienes deberían aplicarlos desde el poder. Eran dignos, pero el resultado era una estrechez de miras y, sus aportes, estériles.

Sin embargo, -como ya se expresara-, una gran tarea se había cumplido. Ángel Rama reivindicaba el legado de la “*conciencia crítica*” de su generación. Ni la literatura uruguaya, ni los principios culturales del país eran los mismos después de los treinta años transcurridos desde su aparición hacia 1939. El movimiento no había logrado todos sus propósitos porque lo que se pretendía significaba un cambio demasiado sustancial en un país *adormecido y drogado de humanismo aguachento*, según sus propias palabras. No hay generación que detenga la historia, sí puede aportar una creación de renovados y valiosos aportes intelectuales que se vinculan armónicamente con la tradición cultural ya instalada.

Hacia 1970, Rama trasladó a la nueva generación la tarea de afrontar instancias más duras y, según sus palabras, reconstrucciones más difíciles. De lograrlo no apreciará el reconocimiento inmediato de quienes los precedieron, pero sí lo harán más tarde. Despejada la certeza de su valioso aporte cultural, queda pendiente discernir el alcance de su legado político. La denuncia de una crisis sostenida por la dura crítica no tuvo correspondencia con el propósito de establecer un nuevo orden social. Se abre, por lo tanto, un espacio para el análisis sobre la fortaleza de la tradicional democracia uruguaya.

CAPÍTULO XIV

Emir Rodríguez Monegal

Emir Rodríguez Monegal nació en la ciudad de Melo, Cerro Largo (1921-1985). Fue un ensayista, articulista, docente y, principalmente un crítico literario. Integró el movimiento literario uruguayo identificado como *Generación del 45*, denominación que él mismo creó. Entre 1944 y 1959 dirigió la sección literaria de la mencionada *Marcha*, y fue un articulista del diario *El País*, y de las revistas *Número*, *Anales de Ateneo y Escritura*.

Profesor de los Institutos de Profesores Artigas y Alfredo Vázquez Acevedo, su nivel cultural e incisiva crítica literaria, lo convirtieron en un polémico articulista y escritor. Conoció y estableció enriquecedoras relaciones con escritores e intelectuales nacionales y extranjeros: Juan Carlos Onetti, Nicolás Guillén, Adolfo Bioy Casares, Carlos Real de Azúa, Mario Benedetti, su tradicional rival Ángel Rama y el propio Jorge Luis Borges.

Becado por la británica Universidad de Cambridge en 1949, vivió, más tarde, en ese país entre 1957 y 1960, culminando allí una biografía sobre el chileno Andrés Bello. *“El otro Andrés Bello”*. En 1966 fundó la revista *Mundo Nuevo* en París y durante dos años fue su principal gestor. Cuando la Fundación Ford, que financiaba la revista, decidió trasladar su sede a Buenos Aires, renunció y regresó a Uruguay donde se encontró con la noticia de que había sido destituido de Profesor con el argumento de *“abandono del cargo”*. Sin mayores recursos emigró y en 1969 la Universidad de Yale de Estados Unidos, le asignó la cátedra de *“Literatura*

Hispanoamericana”, y más tarde -de acuerdo a un prestigio bien ganado-, dirigió durante varios años el Departamento de Literatura Hispano-Luso-Americana, de la mencionada Institución.

Luego de una breve estadía en Montevideo en noviembre de 1985, regresó a New Haven, donde falleció a los 64 años de edad.

El dominio de los idiomas español, portugués, francés e inglés le facilitó la investigación literaria en profundidad. Desde los clásicos griegos a la más reciente novela norteamericana, fueron objeto de encendidos análisis en todos los ámbitos académicos donde frecuentó: en Uruguay, Latinoamérica, Estados Unidos y Francia. Complementó su tarea escribiendo diversos libros sobre Horacio Quiroga, José Enrique Rodó, el chileno Andrés Bello, Jorge Luis Borges, y otras obras como *El boom de la Literatura Hispanoamericana* y *La literatura uruguaya del medio siglo*. Como profesor universitario de literatura era capaz de dictar clases admirables sobre Virgilio, autores españoles del Siglo de Oro o del apogeo de la novela en el siglo XIX. En *Marcha* hacía conocer fenómenos literarios modernos, adelantaba traducciones, y de esa manera facilitaba el acceso a nuevas obras que llegaban a Montevideo y a la vecina ciudad de Buenos Aires.

Esgrimía el “*bisturi*” de la crítica siempre en profundidad, tanto para reconocer la excelencia de una pieza, como al mismo tiempo, señalar sus debilidades. La búsqueda obsesiva por la perfección lo identificó como *el Emir empeñado en tener siempre razón, a veces hasta la discusión infinita y a menudo con plena conciencia de que lo racional no lo es todo en la vida. Ese Emir como polemista doméstico quedará seguramente borrado por la historia... Si ahora importa rescatar ese aspecto es sólo porque ilumina la honestidad*

con que emprendió todas sus polémicas públicas. (Homero Alsina Thevenet: “Emir Rodríguez Monegal por fuera y por dentro”).

Desconocidos entonces por los lectores uruguayos, Emir supo a través de sus artículos en *Marcha*, saber quiénes eran o habían sido autores como James Joyce, Franz Kafka, William Faulkner, Jean-Paul Sartre, Marcel Proust. Mérito de Emir fue el haber llevado la actividad de crítica al nivel de una eficacia docente. La medianía de nuestro ambiente no fue impedimento para que, junto a los de su generación, difundieran la cultura. No le importó que le reprobaran su escaso patriotismo y que su eterno rival, Ángel Rama, le señalara “su conocido anglicismo” por haber traducido a Shakespeare y T. S. Eliot.

Despertada su vocación juvenil fue alentado por sus contemporáneos porque veían en él a un inteligente comunicador. A través de la escritura desarrolló su gran pasión de enseñar. Su universo era el de la cultura. Ni el teatro, ni las artes plásticas, ni la sociología, ni la historia le eran desconocidos y podía abordarlos para escudriñar y explicar los contenidos de los temas que llamaban su atención. Lector ávido y veloz, podía discernir, entender con rapidez los puntos altos sin dejar de mantener su actitud crítica.

Como consecuencia de la guerra fría, y en respuesta a una serie de eventos culturales promovidos por la Unión Soviética (*Congreso Mundial de intelectuales por la Paz* de 1948, *Congreso Mundial de Partisanos por la Paz* en París de 1949), en 1950 se fundó en Berlín Oeste el *Congreso por la Libertad de la Cultura*, con la finalidad de contrarrestar la propaganda comunista que apuntaba a establecer la incompatibilidad de la democracia liberal con la cultura.

En el fondo se trataba de cuestionar las simpatías por el comunismo que tenían muchos intelectuales de occidente.

En ese contexto de la década de los 60, estos intelectuales estaban divididos en cuanto a los procedimientos a promover para realizar los cambios que demandaba la situación política y social en América Latina. Había quienes apoyaban el cambio revolucionario y otros abogaban por concretar las necesarias reformas gradualmente y sin enfrentamientos. En el ámbito nacional, Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal, sumaban -a su enemistad personal-, las diferencias de sus posiciones políticas. El primero bregando por el cambio revolucionario; el segundo más “*hacia la derecha*”, como lo expresara Mario Vargas Llosa.

En abril de 1966, una investigación del “*New York Times*”, reveló que las actividades del *Congreso por la Libertad de la Cultura* y sus publicaciones recibían el apoyo económico de la Central de Inteligencia norteamericana (CIA), con la finalidad de sostener a grupos disidentes en Cuba y en Europa del Este. La realización de un Seminario en Montevideo sobre *La formación de las élites*, subvencionado por un grupo dependiente del denominado *Congreso por la Libertad de la Cultura*, desató una polémica de encendidas acusaciones, en las que se vieron involucrados Rama y Rodríguez Monegal.

Para Ángel Rama -a través de artículos publicados en *Marcha*-, la organización uruguaya del seminario era una de las formas de servir al imperialismo. Ello provocó la respuesta de intelectuales uruguayos. Entre ellos el sociólogo Aldo Solari lo acusó públicamente de haber iniciado una “*caza de brujas*”: *Discrepo totalmente con la orientación anticomunista de algunos órganos y personas del Congreso* (por la Libertad de la Cultura) -expresó el sociólogo en una carta dirigida al director Carlos Quijano de *Marcha*-, *Parece que el señor Rama quiere mezclarme con el anticomunismo prejuiciado y*

cerril que anda por ahí. Esto es una burda, y, lo que es peor, consciente calumnia.

En ese entonces (1966), Rodríguez Monegal dirigía la revista *Mundo Nuevo* -en París- financiada, según sus palabras, por la *Fundación Ford* y a la que Rama atribuía ser una de las tantas fundaciones norteamericanas que tenía conexiones con la CIA. Emir se defendió escribiendo un artículo en *Mundo Nuevo*, aclarando la posición independiente de la publicación con respecto a la polarización ideológica que alcanzaba a la cultura: *...el destino del escritor independiente es ser atacado por todos los bandos -escribió- y ... ese destino debe ser aceptado como una fatalidad necesaria, -remarcó, para concluir que-: El que quiere solo decir lo suyo, el que esté dispuesto a apoyar una causa pero a criticarla, a jugarse por ella si hace falta pero sin abandonar su derecho a discrepar, debe aceptar también, con la mayor ecuanimidad, calumnias y engaños.*

En 1968, Rodríguez Monegal dejó de dirigir la revista *Mundo Nuevo* aduciendo que la *Fundación Ford* mudaba su sede a Buenos Aires. Su imagen había quedado dañada y una de las consecuencias fue la pérdida de su calidad de docente. Enterado de esa disposición -luego de regresar a Montevideo-, decidió emigrar a los Estados Unidos donde fue -según lo anotado anteriormente-, contratado por la Universidad de Yale.

Emir Rodríguez Monegal asumió sobre sí la magnitud desmedida de los enconos... -escribió Carlos Real de Azúa, para luego agregar-: ... ha sido Rodríguez Monegal el escritor uruguayo con más enemigos y aunque pueda discreparse con varios de sus contundentes dictámenes juveniles, aunque pueda no compartirse su estilo polémico extremadamente frío, metódico, sin resquicios (...) la verdad (luego de sus méritos) es que no se llega impunemente... a ser tan respetado y hasta

temido, como él lo es, a alcanzar un círculo de lectores más amplio (...) a ser competente, al mismo tiempo, en monografía e investigación literarias y en ese juicio sobre libros, películas y dramas del día, para el cual ninguna erudición sirve de muleta y son prácticamente infinitas las posibilidades de pifia (Antología del Ensayo).

CAPÍTULO XV

La Generación del 60

En la década de 1960, la crítica puso centro en los actores políticos y en los partidos tradicionales señalando su debilidad ante los grupos de presión, una trabada gestión del sistema político para superar el estancamiento y la crisis, desacuerdos bajo el ejercicio de una dinámica de pesos y contrapesos. Hasta entonces, los partidos políticos tradicionales habían forjado una cultura política institucional de inestimables méritos.

En el año 1958 emergen en el Uruguay dos hechos que podemos catalogar como de trascendencia política: el ascenso del Partido Nacional al Gobierno y la Ley Orgánica de la Universidad; y a nivel internacional el triunfo de la Revolución Cubana en 1959. Es el momento en el que irrumpe una nueva generación de intelectuales conocida como “*Generación del 60*”.

Los cambios se hacían notar, la generación del 45 fue, en cierto sentido, enjuiciada por la de los 60. Su crítica se orientaba a la falta de compromiso político. La figura del revolucionario acrecentaba su expectativa sobre un futuro de cambios profundos. La Revolución Cubana era el ejemplo. Si bien le reconocían a los del 45 “*lucidez para pensar sin preconceptos*” y otros méritos, no cumplieron con su misión al no involucrarse en la lucha política y marcar un sesgo demasiado cultural. “*...no supieron formar una generación que los sustituyera. ¡Y quieren encontrar en eso, en que el Uruguay es ‘difícil de gobernar’, una ‘disculpa para la actitud prescindente... de muchos que se dedicaron a cultivar*

sus propios jardines” (M. Langón, N. Ventura, *Marcha*, agosto 6, p.5). Como apuntaba Ángel Rama, esta nueva generación (Jorge Rufinelli en la dirección de *“Literarias”* y Eduardo Galeano como secretario de redacción en *Marcha*), pensaba en un accionar colectivo y estratégico e integraba lo político con lo cultural.

Sin dudas, la Revolución Cubana introducía un factor convincente; había una corriente latinoamericana que más tarde se revelaría marxista y que a nadie dejó indiferente. En ese contexto, su proyecto abogaba por un profundo cambio del sistema vigente basado en la propiedad privada, la economía de mercado, el liberalismo político y la democracia representativa.

Un público joven -entre los 25 y 35 años- fueron deslumbrados por los intelectuales de esta nueva generación. Pertenecían a la clase media urbana con una educación en promedio superior. En el orden literario, los *“del 60”* leerán e interpretarán al chileno Pablo Neruda, al argentino Julio Cortázar, a un Antonio Machado y a Federico García Lorca; se sentirán atraídos por el existencialismo de Jean Paul Sartre o por el poeta y ensayista francés Paul Valéry, y en el plano nacional la referencia la marcará Mario Benedetti.

Integrante de la generación del 45, Mario Benedetti, fue un escritor y un periodista implacable, no sólo de *Marcha* sino que también llegó a ser corresponsal de la Sociedad Editora Uruguaya S.A. (*La Mañana* y *El Diario*) desde 1964 a 1973. Cuidadoso del texto, así como productivo en temas y géneros literarios, se destacó en el trabajo periodístico por los contenidos sociales que abordaba.

Lideró a los intelectuales más jóvenes de la *generación del 60*. En 1960 publicó *“El país de la cola de paja”*, una crítica a la democracia uruguaya y al conformismo de los uruguayos con esa forma de gobierno. Su ascendencia fue mayor

porque se alineaba al reclamo de los “del 60” de un mayor compromiso político. Sus ideas políticas se aproximaban a una izquierda radical, alentando, desde la prédica literaria, el cambio del orden democrático establecido para alcanzar la justicia social. Se transformaba, poco a poco, en un dirigente político.

A diferencia de sus antecesores (los “del 45”), para esta nueva generación de intelectuales, no es la reunión en el *Café* el lugar elegido para el intercambio cultural. En cambio, deambulan y generan literatura, historia y agregan la visibilidad del canto popular, siempre en el orden de una protesta. Haciendo hincapié en lo social agregan también los temas nativistas, una mirada hacia el interior del país donde la música y su letra será la protagonista (Washington Benavidez y su “*Tata Vizcacha*”).

Real de Azúa consideraba que la generación del 60 no era demasiado diferente de la anterior, y sí una “*legataria de la demolición*” caracterizada por “*una desafección a todo el sistema, de una radical querencia de un tipo de sociedad distinta*”. (Fernando Aínsa: “*Los años 60: años de euforia y crisis*”).

El canto popular en la década de 1960 fue un innovador instrumento para denunciar la crisis económica y sobre todo social, que padecía el Uruguay de entonces. Su antecedente musical se ubicaba en la década anterior, cuando el folklore argentino lograba su difusión -con indudable éxito-, a través de una cada vez más acrecentada audiencia radial. Carnavalitos, zambas y chacareras reinsertaban la música nativista de larga tradición. La guitarra emergió como la gran protagonista musical para rescatar nuestra sensibilidad.

Ese modelo importado tuvo una original respuesta de nuestro autores, siendo Osiris Rodríguez Castillo el iniciador y uno de los principales referentes del canto

popular uruguayo. Simultáneamente, otros autores del interior, emprendieron el mismo camino poético de crear un cancionero popular y nacional: Rubén Lena y Víctor Lima, entre otros. Sus creaciones tenían la singularidad de representar lo auténticamente nacional.

Detrás de esas creaciones musicales aparecieron los intérpretes, las voces que conmovieron a una multitud. Innegable fue la popularidad de Alfredo Zitarrosa, Aníbal Zampayo, Santiago Chalar, Los Olimareños y José Carbajal, entre otros. De alguna forma reflejaban a nivel nacional un tiempo en el que se pensaba que la canción escapaba al mero entretenimiento y podía trascender culturalmente. Eran tiempos de Chico Buarque, Joan Báez, Víctor Heredia y el propio Bob Dylan.

Alfredo Zitarrosa (1936-1989) fue escritor, poeta y periodista. Se inició artísticamente en 1954 e integró la plantilla de colaboradores en el Semanario Marcha. Su carrera de cantor la inició en 1964 y entre sus creaciones se destacan, por ejemplo, *Doña Soledad*, *Recordándote* y *Stéfanie*; alcanzando desde entonces una gran popularidad a nivel nacional y fuera de fronteras. Fue un militante del Partido Comunista y en 1971 adhirió al Frente Amplio, condición que lo animó a participar en actos políticos.

Construyó una manera de entender la música de la región que fue única e irrepetible. Su obra posee claras raíces folklóricas mezcladas con la música urbana del tango. Fue un compositor de letras con honda conciencia social, pero sobre todo un letrista de temas intimistas y personales: *Milonga de ojos dorados, / cantale a la que yo quiero; / tu corazón compañero, / musical y acompasado, / vaya volando a su lado/ y dígame que no puedo vivir.*

Aportó su talento para consolidar las tradiciones culturales uruguayas y, al mismo tiempo, agregarle un tono renovador a la música folklórica.

En una oportunidad declaró “*No soy folclorista; soy cantor popular uruguayo, y mi canto es fundamentalmente de raíz campesina; todo es milonga, milonga madre, madre incluso del tango y del candombe*”. Tal afirmación permite visualizar la búsqueda de identidad para diferenciar nuestra música del folklore argentino, en ese entonces en pleno apogeo.

En el Uruguay convulsionado de la década de 1970, Zitarrosa interpretaba la canción de Ruben Lena *A Don José (Ven a ese criollo rodear/ Rodear, rodear/ Los paisanos le dicen/ Mi general.)*, en 1973 editó el álbum *Adagio a mi país* conteniendo la canción que daba título al disco, letra de significado político que la ponía en el marco de una canción protesta, aún en tiempos democráticos: *En mi país somos miles y miles/ De lágrimas y de fusiles/ Un puño y un canto vibrante/ Una llama encendida, un gigante/ Que grita: ¡adelante...adelante!*

Exiliado en 1976, sus composiciones futuras combinarán lo íntimo con lo social. Luego de regresar al Uruguay en 1984, falleció en enero de 1989 a la edad de 52 años.

Carlos Paravís (1938-1994) conocido artísticamente como Santiago Chalar, fue médico de profesión, poeta, músico, compositor y cantante. Considerado como uno de los principales folcloristas uruguayos, se radicó en la ciudad de Minas en 1974 y en 1985 creó junto a Santos Inzaurrealde el festival folklórico *Minas en abril*, con la finalidad de recaudar fondos para el Hospital. Su música transitaba la milonga, serranera, media serranera y el valsecito criollo.

Políticamente participó dentro del Partido Colorado. No incursionó en la protesta política y dedicaba sus letras

al hombre de campo y a las cosas cotidianas, siendo particularmente sensible a los problemas de su pueblo. Cuando le preguntaron sobre la política, expresó convencido: *No es lo mío, yo hago arte, y canto el sentir del hombre de mi tierra, si todo el mundo puede expresarse que lo haga.*

Conocido de Osiris Rodríguez Castillo, recibió su consejo e influencia artística. Su otra referencia lo fue Atahualpa Yupanqui. Sus interpretaciones se basaron, principalmente, en las composiciones de Santos Inzaurrealde y Wenceslao Varela, con quienes actuaba en vivo. De extensa y celebrada discografía, recorrió muchos escenarios folklóricos en diferentes países. Quizás su rasgo más distinguido fue su humanismo cristiano y su vocación de servir.

Su amor por Minas puede reflejarse en estos versos de Santos Inzaurrealde: *Minuano: donde tu vayas/ no te canses de decir/ que si Dios baja a la Tierra/ por el altar de las sierras/ baja en Minas y en Abril...*

Santiago Chalar perteneció a la generación de artistas de los años sesenta y su carrera se extendió hasta su fallecimiento en noviembre de 1994 con 56 años de edad. Su canto popular abarcó el universo nativista con el equilibrio de un libre pensador, signado por el amor a su familia y a su gente. Su cariño por las serranías de Minas puede reflejarse en los siguientes versos: *Si muero lejos de ti/ que me traigan a tus sierras/ que dormido entre tus piedras/ quiero descansar feliz.*

CAPÍTULO XVI

Una mirada retrospectiva

El intelectual es un hombre de ideas, ya sea un escritor o un artista, mientras que un sabio o un ingeniero es un hombre de ciencia. La cultura provee conocimiento y racionalidad, permite apreciar que las formas de vida son la expresión de una voluntad clarividente o de un plan reflexivo. Al intelectual no se le exige una reflexión sobre la historia y cuando la coyuntura instala un desorden político, económico y social, aplica con rigor crítico una condena sin apelación.

Cuando la crítica tiene un alcance técnico, el intelectual debe tener en cuenta la necesidad de formular las medidas para atenuar los males denunciados, aceptar las dificultades para implementarlas, la estructura institucional construida a lo largo del tiempo e incluso las leyes que gobiernan al país. Debe primar el sentido común y la voluntad de cooperar y no plantear una organización ideal o un exultante porvenir, sino resultados aceptados por la mayoría de la comunidad.

La crítica moral se alinea con la propuesta de lo que “debería ser” y tiene una amplia aceptación cuando se condena, por ejemplo, la esclavitud, la discriminación racial, el colonialismo. La denuncia válida del intelectual tiene que estar respaldada por su propia conducta personal, sin desmerecer la condición de su propia naturaleza humana.

Muchos intelectuales uruguayos -en los años 50 y 60- adhirieron a una ideología que condenaba al capitalismo, la economía de mercado y la propiedad privada, atribuyéndoles la fatalidad de la explotación, del imperialismo, de la guerra. Al mismo tiempo, trazaron un modelo ideológico de un

orden radicalmente distinto, donde el hombre cumpliría con su vocación.

La propuesta avanzó en un entorno internacional cargado de un idealismo seductor que se proyectó principalmente en la década iniciada en 1960. La juventud estaba obsesionada por cambiar el mundo. ¡Basta de guerras depredadoras e irracionales! El discurso proclamaba la generación de una nueva realidad, donde la solidaridad humana, la justicia, la paz y la armonía con la naturaleza fueran los pilares de la convivencia humana. Irrumpió una especie de Romanticismo impaciente de impulso renovador. Hasta la propia Iglesia se vio sacudida cuando luego del Vaticano II promovió una mística transformadora, que ponía énfasis en el “*pueblo de Dios*” y ambientó el surgimiento de la impensable “*Teología de la Liberación*”.

Donde se mirara asomaba el cántico transformador. En África cayeron los imperios coloniales, surgieron movimientos populares y artísticos denunciando una forma de vida conservadora y limitadora de la libertad. Los jóvenes levantaron su voz adhiriendo a manifestaciones musicales que se proyectaban fuera de fronteras como el Rock ‘n Roll, el movimiento “*hippies*”, a los Beatles desde Liverpool y con ritmo de rock proclamando “*Power to the people*” o el “*Mayo del 68*” francés reclamando “*la imaginación al poder*”. Nikita Krushev en la Unión Soviética y John F. Kennedy procuraban el entendimiento a pesar de la “*Crisis de los Misiles*” de 1962. También el impacto emocional de la carrera espacial cuyo vértice lo fueron el primer astronauta (Yuri Gagarin, 1962) en el espacio y el primer hombre en la luna (Neil Amstrong, 1969).

Esta efervescencia estaba opacada por otras luctuosas realidades. La latente amenaza de una catástrofe nuclear, el muro de Berlín, la represión soviética en Hungría y

Checoslovaquia, la guerra de Vietnam, la intervención de los “*marines*” norteamericanos en Centroamérica. El idealismo transformador de los jóvenes latinoamericanos tuvo su fuente de inspiración en la Revolución Cubana, un David contra el Goliat insólito auguraba que se podía enfrentar a un poder mayor. Su temprana adhesión al socialismo fue un norte inspirador, sin importar que Fidel Castro se proclamara, poco después, “*marxista leninista*”.

Uruguay no fue la excepción a esta idealidad transformadora. Adoptó la bandera del cambio y el canto popular sedujo con frases que se transformaron en slogan repetidos. Gran número de intelectuales uruguayos tomaron conciencia del papel que deberían cumplir. La Revolución era el cambio, los ideales de libertad y justicia eran tan grandes que relativizaba el valor de una democracia republicana de corte liberal. Ante la ausencia de soluciones, el país languidecía, se negaba una continuidad histórica sostenida por tradiciones. Refundar el Uruguay conservador era un cometido perentorio, la economía de mercado estaba signada por la dependencia económica de los imperios, la propiedad privada limitaba el valor de la justicia social.

Los jóvenes atraídos por su natural vocación idealista fueron seducidos por dos generaciones de intelectuales de extraordinaria capacidad para el análisis de una realidad nacional plagada de dificultades. Sin embargo, su visión política aunque siempre vestida de una crítica rigurosa, distó mucho de ser coherente. Emir Rodríguez Monegal identificado con la derecha, Alsina Thevenet o Carlos Maggi, liberales, Arregui y más tarde Benedetti como marxistas. La mayoría de ellos fueron marcadamente escépticos sobre el futuro del país. Desde Marcha, sobre todo, encontraron el vehículo adecuado para expresar su desencanto.

Militaron en un tercerismo de izquierda y marcaron sus diferencias con el *“imperialismo norteamericano”* y el comunismo soviético. La Revolución Cubana de 1959 los inclinó por un socialismo, incluso en su visión totalitaria. Fue el momento de negar la impregnada cultura nacional de raíces francesas y europeas para proclamar las virtudes de la integración latinoamericana.

La generación del 60 consideró que había llegado la hora de las transformaciones. América Latina era el Norte, la revolución el instrumento. El modelo cubano alucinaba y su ejemplo podía repetirse en el continente. Y Uruguay no fue la excepción. Antes de finalizar 1966, tomó conocimiento público la existencia del Movimiento de Liberación Nacional (MLN). El país tenía su guerrilla urbana enfrentando a un sistema político democrático cuya ineptitud impedía la búsqueda de soluciones a problemas apremiantes.

Entonces, allí estaba el intelectual políticamente comprometido con una izquierda latinoamericanista y si fuera necesario revolucionaria. Sin embargo, muchos se mantuvieron apartados de ese compromiso manteniendo una línea universalista. Escritores literarios, por ejemplo, consecuentes con la tradición literaria española incursionaron en los grandes temas de la literatura universal.

La actitud del joven de los 60 era la de culto y politizado. La educación fue un instrumento de difusión del sentimiento de la época. En la Facultad de Humanidades, el Instituto de Profesores Artigas y la Enseñanza Secundaria eran desde donde se impartían las ideas. Muchos de los escritores del 45 y más tarde los del 60, dictaban clases en un medio donde los alumnos de la época sentían el deber con el tiempo que les tocaba vivir, con intensidad, militancia y conciencia social. La docencia era ejercida como un instrumento para despertar la necesidad de un cambio social y político.

A pesar de una construcción de la historia reciente desaliñada con la verdad, los cambios estructurales propuestos por aquellos intelectuales comprometidos ideológicamente de los 50 y 60, no llegaron a concretarse: el Uruguay continúa siendo hoy una democracia liberal republicana. Su mayor aporte lo hicieron en su contribución a la cultura uruguaya y en estos méritos se incluyen a todos, independientes o políticamente comprometidos. Mentas lúcidas dedicadas al conocimiento y el arte educador. Sus análisis, ensayos, obras literarias e históricas, dejaron una estela que la tradición ha recogido con justicia y las ha incorporado con la misma talla de sus históricos predecesores.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Ares Pons, Roberto: “La intelligentsia uruguaya y otros ensayos”, Ed. Banda Oriental, Montevideo, 1968.

“Militancia y desarraigo de la Intelligentsia uruguaya”, Ed. Nuevas Bases, Montevideo, 1961.

Aron, Raymond: “El Opio de los Intelectuales”, Ed. Siglo XX, Buenos Aires, 1979.

Arteaga, Juan José: “Uruguay. Breve Historia contemporánea”, Fondo de Cultura Económica, México, 2000.

Barros Lemez, Álvaro: “Intelectuales y Política, Polémica y posiciones, años 60 y 70”, Ed. Monte Sexto, Montevideo, 1988.

Altamirano, Carlos (Director): “Historia de los intelectuales en América Latina. Los avatares de la ciudad ilustrada”. Katz editores, Buenos Aires, 2010.

Caetano, Gerardo; Garcé, Adolfo: “Ideas, Política y Nación en el Uruguay del siglo XX”,

Caetano, Gerardo; José Rilla: “Historia Contemporánea del Uruguay. De la colonia al siglo XXI”, Fin de Siglo, Montevideo, 2005.

Centro Cultural de España en Montevideo: “Ángel Rama. Explorador de la Cultura”, CCE, Montevideo, 2010.

Charle, Christophe: “Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno”, Siglo XXI de España Editores, 2000, Madrid.

Casás Arzú, Marta: “Del gabinete a la tribuna pública: intelectuales y compromiso político en América Latina”. Revista Complutense de Historia de América, Madrid, 2009.

Corbo Longueira, Daniel: “Cómo se construyó nuestra Democracia” (1897-1925), Ed. De la Plaza,

Da Silveira, Pablo, Díaz, Ramón: “Diálogo sobre el liberalismo”, Ed. Taurus, Montevideo, 2001.

Dahrendorf, Ralf: “La libertad a prueba. Los intelectuales frente a la tentación totalitaria”, Ed. Trotta, Madrid, 2009.

De Armas, Gustavo; Garcé, Adolfo: “Uruguay y su conciencia crítica. Intelectuales y política en el siglo XX”, Ed. Trilce, Montevideo, 1997.

Espeche, Ximena: “La paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados del siglo XX”, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, Buenos Aires, 2016.

Gramsci, Antonio: “Los intelectuales y la organización de la cultura”, Edicol 2018, Buenos Aires.

Graceras, Ulises: “Los intelectuales y la política en el Uruguay”, Cuadernos de “EL PAÍS, Montevideo, 1970.

Linn, Tomás: “Como el Uruguay a veces hay”, Planeta, Montevideo, 2018.

Kaiser, Axel; Álvarez, Gloria: “El engaño populista”, Ed. Planeta, Bogotá, 2016.

Maiztegui, Lincoln: “Una Historia Política de los Orientales 3. 1938-1971”, Ed. Planeta, Montevideo, 2008.

Rama, Ángel: “La Ciudad Letrada”, Comisión Uruguaya pro Fundación Internacional Ángel Rama, Montevideo, 1984.

Rama, Ángel: “Transculturación narrativa en América Latina”, El Andariego, Buenos Aires, 2007.

Rama, Ángel: “La conciencia crítica”, Enciclopedia Uruguaya, Vol. 56, Montevideo, 1969.

Rawls, John: “Liberalismo político”, Ed. Fondo de Cultura Económica, Mexico, 1995.

Rodríguez Monegal, Emir: “Literatura uruguaya del medio siglo”, Alfa, Montevideo, 1966.

Trujillo, Valentín: “Real de Azúa. Una biografía intelectual”, Ediciones B, Montevideo, 2017.

Mazzucchelli, Aldo: “Manual para destruir un país liberal”, 1º y 2º Parte, Revista Posdata, 1º marzo 2002.

Johnson, Paul: “Intelectuales”, Ed. Vergara, 1988

Vaz Ferreira, Carlos: “Moral para intelectuales”, Ed. Arca, Montevideo, 1908.

AUTOR

Julio Díaz Pujado

Es egresado de la Escuela Militar de Aeronáutica como aviador militar. Obtuvo el título de Licenciado en Humanidades opción Historia por la Universidad de Montevideo. En 2009 publicó un ensayo político *“El Ascenso de los Extremos. Parlamento, Militares y Guerrilla en la Crisis de 1973”*; en 2010 un relato testimonial *“Tras la Línea del Horizonte. El mundo interior de Juan Aviador Equis”*; en 2014 una ficción histórica *“Artigas Ha Muerto, Vive el Hombre”* y en 2018 *“¡O Lorenzo Latorre o Nada!. La Autoridad en el Fuerte”*. En la actualidad continúa con su actividad como docente universitario en la cátedra de Historia de América Moderna.

